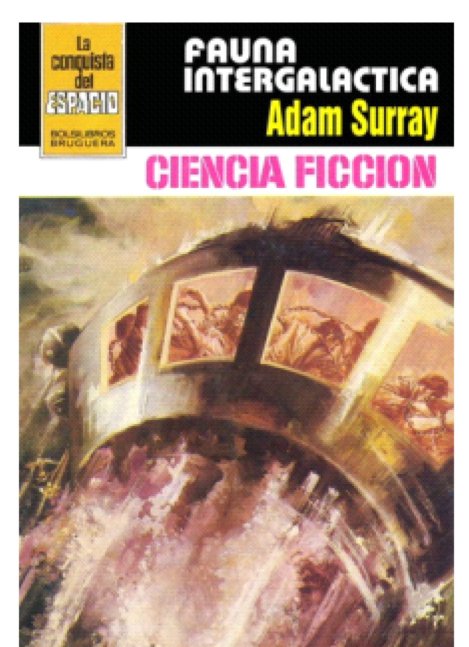


FAUNA INTERGALACTICA

Adam Surray

CIENCIA FICCION


La conquista del ESPACIO
BOLSILIBROS BRUGUERA
FAUNA INTERGALACTICA
Adam Surray
CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

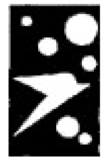
EN ESTA COLECCIÓN

ADAM SURRAY

FAUNA INTERGALACTICA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 622
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 19.076-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. a edición: julio, 1982
2. a edición en América: enero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Desde la pantalla-visor del habitáculo se ofrecía un maravilloso y a la vez sobrecogedor espectáculo. La Tierra era contemplada como un majestuoso lucero azulino y destellante.

—¿En qué piensas, Gilbert?

Gilbert Janssen giró hacia su compañero.

Esbozó una sonrisa retornando nuevamente la mirada hacia la pantalla-visor.

—Estaba admirando nuestro planeta, Frank. La Tierra. Desde aquí, desde el inhóspito y glacial Marte, resulta hermosa.

—Es un espejismo.

Janssen volvió los ojos hacia su compañero.

Frank Steiner. Treinta y dos años de edad. De rostro anguloso, cejas espesas y duras mandíbulas. Complexión atlética. Acentuada por el traje espacial.

—Y tú eres un cínico.

—¿Cínico? Nosotros conocemos nuestro planeta, Gilbert. Nos consta que es un auténtico estercolero. Y no me refiero a sus habitantes. Mejor olvidarlos. Hablo sólo del planeta. Lo que queda de él. Suelo putrefacto por el mal empleo de estimulantes químicos, fungicidas, insecticidas y demás. Por el agua de los ríos navegan desechos orgánicos, bacterianos, residuos químicos y radiactivos procedentes de las industrias. Al igual que en las aguas marinas. A los vertidos radiactivos se unen la limpieza de los grandes buques cisterna, fugas de los motores de los barcos, desagües de fuel y de las refinerías costeras, productos biodegradables llevados por los ríos…

—No sigas, Frank. Eres cínico… y pesimista.

Frank Steiner hizo una mueca.

Chasqueó la lengua.

—Realista, Gilbert. Hemos fracasado en la lucha contra la contaminación. El hombre padece enfermedades derivadas de nuestra… civilización. Anfisemas pulmonares, bronquitis, irritación visual, alteración en vías respiratorias, laringitis, dolencias cardiovasculares… Todo ello sin contar los males que ocasiona el

mismo hombre en su eterna lucha con el prójimo. ¿Y tú admiras nuestro planeta? ¡Maldita sea!

—Cuanto dices es cierto, Frank; pero todas esas enfermedades son combatidas con eficacia.

—Oh, sí… las provocamos y las combatimos. Nosotros somos así.

—Tributo a la civilización.

—Tú eres un ingenuo, Gilbert. Un incauto. ¿De qué civilización hablas?

Janssen desconectó el visor.

Sólo permaneció en pantalla el ventanal exterior. Desde él podía contemplarse el terreno sobre el cual se hallaba posada la astronave.

El suelo de Marte.

Con su característico color ocre, pródigo en sedimentos pulverulentos consistentes en silicatos hidratados.

—Hecha un vistazo —Gilbert Janssen señaló hacia el mural de vidrio del ventanal—. ¡Esto es Marte! Y nosotros estamos aquí. En una astronave procedente de la Tierra. Después de un viaje espacial de ciento cuarenta y dos días. Este es el segundo viaje tripulado a Marte. Nosotros somos los primeros en deambular por terreno marciano. Nuestros anteriores compañeros del Cyclops-IV ni tan siquiera descendieron de la cosmonave. Por supuesto que estamos en los albores de la conquista del Espacio, pero negar nuestra elevada civilización, nuestra tecnología y…

—¿Falta de escrúpulos?

Janssen parpadeó.

—No te comprendo… ¿Qué quieres decir?

Frank Steiner sonrió.

Reclinándose en el lecho.

—Nada, Gilbert. Sigue con tu triunfalismo. Estamos en Marte, exploramos el espacio y tenemos una base permanente en la Luna. Miles de millones de dólares en investigación espacial; sin embargo se sigue comercializando con el hambre en la Tierra. Países en subdesarrollo esclavizados por las grandes potencias que no desean que esa… civilización y tecnología alcance a todos.

—¡Al diablo contigo, Frank!

—Es duro reconocer la verdad, ¿eh, Gilbert?

—¿Por qué no te quedas aquí, Frank? La Tierra es un estercolero. Puede que Marte te resulte más…

Gilbert Janssen enmudeció. Bruscamente.

Sorprendido por el fogonazo.

Una fugaz explosión de iridiscente luz que se reflejó en el ventanal.

—¿Qué puede haber sido eso, Frank?

—No lo sé… Fue como un rayo. Fíjate… aún queda algo de resplandor… allí… tras aquellos montículos…

Vamos al Módulo de Mando. Los sensores habrán detectado e identificado el fenómeno.

Gilbert Janssen y Frank Steiner, dado que el Cyclops-V se hallaba inmovilizado sobre terreno marciano, no llevaban la escafandra espacial ni el traje en posición de presurizado.

La astronave estaba dotada de microatmósfera mantenida mediante un permanente suministro de oxígeno y la absorción de gas carbónico y el exceso de humedad. Métodos de regeneración automática garantizaban el suministro.

El Módulo de Mando se encontraba situado en el extremo superior de la nave. De forma cónica, de estructura alveolar, de aluminio. El cuadro de mando era un gigantesco panel donde se situaba el indicador de temperatura, presión y oxígeno; indicadores de orientación, dispositivos para el encendido y la regulación de los motores, control de manantiales de energía, aparatos de telecomunicaciones, altímetros, mecanismos de radar, sistema regenerador de la atmósfera, estabilización y demás complicados instrumentos.

Gran parte de los equipos de la astronave dirigidos y programados por una calculadora electrónica que simplificaba la labor de los cosmonautas.

—¡Por todos los…! —exclamó Frank Steiner—. No hay nada registrado en el equipo de radar. El detector de obstáculos, el radioaltímetro, el seguidor de objetos, el radar local… ¡Nada!

Janssen manipuló en el ordenador.

Solicitando información sobre el funcionamiento del equipo general de radar.

La respuesta fue positiva. El panel de radar funcionaba a la perfección. Sin avería o alteración alguna.

—No lo comprendo…

—Tampoco yo, Gilbert. No lo hemos soñado, ¿verdad? Ambos vimos el fogonazo. Incluso el resplandor que permaneció unos segundos tras los montículos.

—Podemos lanzar un sensor terrestre.

—¿Sin autorización? No seas loco. Estamos aquí pateando millones de dólares del tío Sam. Todo está programado al nanosegundo. El lanzamiento de sondas espaciales e incluso las terrestres, son limitadas y siempre bajo el condicionamiento del ordenador que recibe las imágenes. Actuando por nuestra cuenta, y dado que estaría fuera de programa, en la Tierra no se recibiría dato alguno del sensor.

—Comuniquemos solicitando autorización y entonces entraría en funcionamiento el registro de…

—¡Maldita sea, Gilbert! ¿Crees acaso que se trata de una simple llamada de larga distancia? Comunicar con Base Tierra significaría utilizar el sistema de telecomunicación de emergencia. ¿Y para qué? ¿Cuál es el problema? ¿Que queremos investigar un resplandor en el cielo marciano?

—Ese es nuestro cometido, Frank. El de investigar.

—Okay. Y eso hemos hecho durante los largos días de viaje espacial. Estudio de campos magnéticos, vientos solares, radiaciones, rayos cósmicos, micrometeoritos… Ahora estamos en Marte. Trabajando en sus especímenes. Con delicado esmero. Sin el menor error que diera tierra con el posterior trabajo de investigación. Los materiales recogidos son encerrados herméticamente en cilindros de ultravacío para mantener una presión equivalente a una centésima de millonésima de la prevaleciente en nuestro planeta. Todo ello sin contar los experimentos científicos automáticos realizados por el ordenador. ¡Y todo sincronizado, Gilbert! ¡Siguiendo el minucioso programa de la NASA! No podemos nosotros romperlo tan alegremente.

Frank Steiner avanzó unos pasos.

Señalando un digital del panel del ordenador, exclamó:

—¡Ahí lo tienes, Gilbert! Faltan exactamente siete horas y doce minutos con tres segundos para el inicio de nuestro trabajo. ¡Dirigidos por el ordenador y en contacto con la Tierra! No podemos alterar lo programado y mucho menos sintonizar la emergencia.

Janssen sacudió la cabeza.

—Sí…, tienes razón. Nada se puede hacer.

—Yo no he dicho tanto.

Gilbert Janssen entornó los ojos.

Fijos en su compañero.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos unas siete horas de inactividad, ¿no es cierto? Aquí, exceptuando nuestras salidas de investigación, el tiempo se hace muy largo. ¿Por qué no divertirnos un poco? Podemos salir a echar un vistazo, Gilbert. En el molab.

—¿Insinúas…?

—Correcto. Nos ponemos la escafandra, descendemos el molab y abandonamos la astronave. Daremos un paseo hasta los montículos. Con una de las cámaras portátiles. Sin tener que rendir cuenta de nuestros actos. Como si se tratara de una excursión campestre.

Janssen esbozó una sonrisa.

—No es mala idea…

—¡Seguro! ¡Y no perdamos más tiempo!

Los dos hombres procedieron al delicado ajuste de las escafandras.

Un yelmo espacial que se convertía en pequeña cabina autónoma, en el interior de la cual el cosmonauta se halla en el seno de una atmósfera a presión y constantemente depurada y deshidratada.

El casco de plástico armado con fibras de vidrio, interiormente forrado con espuma de caucho y por el exterior metalizado.

La escafandra espacial debe proporcionar oxígeno al astronauta y ejercer suficiente presión sobre su cuerpo para ayudarle a comprimir los pulmones en la espiración respiratoria y a impedir que su sangre

entre en ebullición. Suministra un aire artificial, mezcla de oxígeno y nitrógeno, a la presión atmosférica.

El oxígeno es distribuido por una red de conductos, repartidos por el interior del traje, que lo inyectan al nivel de los pies y de las manos.

El traje espacial formado por una fibra de nylon de extremada dureza y atérmano. Forrado interiormente por una capa de caucho que garantiza su estanqueidad y exteriormente aluminizado para reflejar las radiaciones caloríficas.

Una vestimenta perfecta.

Concienzudamente estudiada, capaz de refrescar su cuerpo y a la vez de protegerlo de los climas marcadamente fríos. Una circunstancia muy de agradecer, dado que la temperatura superficial de Marte alcanza un promedio de los cuarenta grados bajo cero.

Janssen y Steiner se contemplaron mutuamente.

Ya equipados con la escafandra espacial y el traje en posición de presurizado.

Se comunicaron por el micro-voz.

—En marcha, Gilbert. ¡De excursión!

—Eh, Frank… No estaría mal que encontráramos a una linda marcianita.

Los dos hombres rieron al unísono.

Dispuestos a abandonar el Cyclops-V.

Ya jamás retornarían a la astronave.

CAPITULO II

El molab «gusty» era uno de los vehículos ligeros más perfectos diseñados por la NASA. De perfil plano y triangular. Tres ruedas de rayos metálicos curvados que permiten una flexión de la rueda al terreno superior a los modelos de orugas, bolas giratorias o patas articuladas.

El molab era biplaza. Con compartimento para equipo portátil de investigación, radar y un sistema guía de conducción a control desde la astronave. Sin necesidad de pasajeros.

El vehículo ligero fue descendido del Cyclops-V.

Gilbert Janssen y Frank Steiner también abandonaron la nave.

Sin utilizar la esclusa de aire. No necesaria al contar con escafandra espacial con alimentación independiente.

Se acomodaron en el molab.

Frank Steiner se hizo cargo de la barra-guía mientras que su compañero manipulaba en el equipo de cámaras.

Pulsó el mecanismo detector del molab.

—No indica nada, Frank.

—Vamos hacia los montículos —dijo Steiner, iniciando la marcha —. Puede que desde allí descubramos algo.

Avanzaron por el rojizo terreno.

Extensas planicies apenas turbadas por montículos. Un suelo plagado de cráteres, aunque la prolongada erosión acusada en el planeta se había encargado de cubrir, derribar colinas y rellenar depresiones.

Algunas zonas, las más elevadas de la superficie marciana, se hallaban bañadas por fina escarcha.

Alcanzaron los montículos.

El molab trepó con facilidad.

Deteniéndose en lo alto de las frías colinas.

—Santo Dios...

La voz de Gilbert Janssen fue tenue.

Un susurro.

Apenas audible por el micro-voz.

Frank Steiner ni tan siquiera logró articular palabra alguna. Sólo movió los labios a la vez que agrandaba los ojos en una indescriptible mueca de estupor.

Ninguno de los dos hombres reaccionó.

Permanecieron inmóviles.

Contemplando perplejos el hallazgo.

Perfectamente visible desde lo alto de los montículos.

Un gigantesco artefacto. Posado sobre uno de los cráteres incapaz de albergarle por completo. Tenía una forma extraña. Cinco descomunales esferas unidas entre sí por gruesos cilindros. Formando un pentágono. Y en el centro un argénteo disco lenticular con infinitos rayos de contacto que lo unían a las esferas. Era como un luminoso sol tendiendo sus líneas de fuego.

—¿Qué puede ser eso? —inquirió Gilbert Janssen, con temblorosa voz—. Parece una estación espacial...

—Un artefacto alienígena, Gilbert. ¿Estación espacial? Sí, es posible. Aunque no diseñado por terrestres. Lo máximo que hemos conseguido nosotros es instalar una pequeña base espacial frente a la Luna. Estamos ante una máquina alienígena.

—No hay vida en Marte, Frank.

—No he dicho que se trate de un artefacto marciano. Llegó del espacio. Al igual que nosotros. Puede que también en misión exploradora. Colegas, Gilbert. Astronautas de otra galaxia.

Janssen hizo una mueca.

Movió de un lado a otro la cabeza.

—No comparto tu ironía, Frank. Esto no me gusta. Regresemos a la nave y comuniquemos con la Tierra.

—¿Regresar? ¿Sin echar un vistazo a esa fantástica máquina?

¡Maldita sea, Gilbert! No somos niños que se asustan con facilidad. Tampoco simples pilotos del espacio. Nuestra misión es la de investigar, explorar, conquistar…

—Los de ese artefacto pueden recibirnos como a enemigos.

—Tonterías, Gilbert. Son seres inteligentes. Más inteligentes que nosotros. No hay más que comparar el Cyclops-V con ese ingenio astral. No reaccionarán como salvajes.

—Sigo opinando que debemos comunicar con Base Tierra e informar del descubrimiento.

Por el micro-voz sonó el profundo suspirar de Steiner.

—Bien. Llamemos a Base Tierra informando del suceso. ¿Nos enviarán refuerzos? ¡No seas ridículo, Gilbert! Se mostrarán tan perplejos como nosotros y se limitarán a indicarnos que entremos en contacto con el artefacto desconocido. ¿No te das cuenta de la importancia del hecho, Gilbert? Por primera vez, ya en los albores del Siglo XXI, descubrimos vida inteligente extraterrestre. Existe otra civilización, muchacho. Más avanzada que la nuestra. ¡No podemos retroceder ahora!

Janssen inclinó la cabeza.

Como avergonzado de su miedo.

—De acuerdo, Frank… ¿Qué hacemos?

—Nos dejaremos ver, Gilbert. Nos vamos a aproximar lentamente.

—Ahora eres tú el iluso —dijo Janssen, esbozando una sonrisa—. ¿Crees acaso que no se han percatado de nuestra presencia? De seguro han aterrizado aquí al descubrir nuestra astronave.

—Perfecto. Eso significa que desean establecer contacto con nosotros. ¡No les hagamos esperar!

Frank Steiner puso de nuevo en marcha el molab.

Descendieron el montículo.

Hacia la planicie donde se hallaba el extraño artefacto.

—Frank…

—¿Si?

—Echa un vistazo al radar —indicó Gilbert Janssen tecleando con el dedo índice sobre el detector—. No acusa absolutamente nada. ¡Y esa máquina está a poco más de cien yardas!

Steiner no respondió.

No tenía contestación para aquello.

Por primera vez, también una sensación de temor se apoderó de Frank Steiner. Un lógico miedo a lo desconocido. De inmediato superado por el espíritu aventurero e investigador.

Llegaron junto al artefacto.

El molab semejaba una hormiga junto a una libélula.

Los dos hombres descendieron del vehículo.

—¿Y ahora qué, Frank? ¿Gritamos eso de «ah, del castillo»?

Steiner sonrió.

Complacido por la ironía de su compañero.

—Supongo que… ¡Allí, Gilbert! En aquella esfera.

En uno de los cinco esferoides había una abierta escotilla. Casi a la altura del suelo. Las cinco esferas estaban en contacto con el terreno. La superficie ventral del disco ovoide y los cilindros permanecían a considerable altura.

—¿En…entramos, Frank?

Steiner dudó.

Forzando una sonrisa.

—La puerta está abierta… Es como una invitación.

Avanzaron hacia la escotilla del esferoide.

Se detuvieron frente a la entrada.

Como en espera de una voz que les autorizada a pasar.

—Voy a entrar yo solo, Gilbert.

—¿Por qué?

—Imagina que esa escotilla se cierra tras nosotros. Es preferible que uno de nosotros quede fuera. Al menos comunicaría con Base Tierra lo

ocurrido. Espera aquí, Gilbert.

—¡Frank!...

Steiner hizo caso omiso a la llamada de su compañero.

Penetró en el esferoide cruzando aquella abertura semicircular. Percibió una tenue resistencia. Como si hubiera roto una fina e invisible capa.

Gilbert Janssen quedó indeciso.

No aprobaba la decisión de Steiner. Hubiera preferido ir con él. La espera fue breve. A los pocos minutos, eternos para Janssen, le llegó la voz de Frank Steiner.

—¡Eh, Gilbert!...

Janssen se adentró como una exhalación.

También acusó la leve resistencia de la oquedad. Permanente a lo largo del estrecho túnel. Un corto pasillo tubular que desembocaba en una luminosa sala circular.

Allí estaba Frank Steiner.

Frente a un complicado mural de instrumentos.

Y había alguien más.

Algo más.

—Cielos...

—Aproxímate, Gilbert —rió Steiner, nerviosamente—. No muerde.

Janssen se adelantó.

Con lentitud.

—¿Es... es un robot?

Frente al gigantesco panel de instrumentos se situaba una extraña figura acerada. De forma cilíndrica. Segmentada. De poco más de un metro de estatura. La parte superior dotada de centelleantes luces, de diminutos pilotos multicolores que relampagueaban en cegadoras intermitencias. De aquel cuerpo cilindriforme surgían infinidad de delgados brazos. Cada uno de ellos terminaba en iridiscente muñón.

Era como un pulpo mecánico.

Permanecía inmóvil.

Con parte de sus tentáculos extendidos hacia el mural de instrumentos, aunque inmovilizados en el aire.

Sólo la parte superior, aquellas destellantes luces, parecían funcionar en el extraño robot.

Y paulatinamente se iban eclipsando.

Steiner y Janssen intercambiaron una mirada.

Frant Steiner asintió.

—Ciertamente parece un robot, Gilbert. Y esta sala el Módulo de Mando.

—¿Un robot pilotando semejante artefacto espacial?

—Puede que en sustitución momentánea de los tripulantes —comentó Steiner—. También algunas de nuestras astronaves tienen conducción automática por ordenadores.

—Sí, pero con tripulantes a bordo.

—También aquí puede haberlos, Gilbert. Fíjate... El robot parece estar llegando a su fin. Como si se hubieran agotado sus circuitos.

En efecto.

De aquella cegadora luminiscencia quedaba ya muy pocos puntos iluminados. Terminó por oscurecerse el último de los refulgentes pilotos.

Y su oscurecer coincidió con un súbito centelleo por diferentes instrumentos del panel de mando.

Un fugaz destello que de inmediato cesó.

Janssen y Steiner volvieron a intercambiar una mirada.

—Bien... Parece que esto ha terminado, Frank.

—Sí. Se le acabaron las pilas.

Gilbert Janssen rió forzadamente el comentario de su compañero.

—¿Seguimos curioseando, Frank? Creo que ya nada debemos temer. Sospecho que es un artefacto espacial no tripulado por humanos. Hubieran acudido ante el fallo del robot. A no ser que la tripulación

haya perecido.

Fue Frank Steiner quien avanzó hacia una puerta situada al fondo de la sala. Una hoja de guillotina que se alzó al eclipsarse el último de los luminosos del robot.

Se encontraron ante una reducida sala de abovedadas paredes.

Y en el centro de la estancia tres cajas rectangulares. De fuliginoso metal.

—Parecen...

Frank Steiner movió lentamente la cabeza.

—Sí, Gilbert... Parecen tres ataúdes.

CAPITULO III

Gilbert Janssen y Frank Steiner examinaron las tres cajas.

De un extraño metal atezado con franjas opalescentes que destacaban con fuerza. No había ningún punto de unión. Herméticamente cerradas. Como si hubieran sido soldados los posibles cierres.

—¿Qué opinas, Frank?

—Mantengo esa macabra sensación, Gilbert. Me parecen tres ataúdes.

—Yo creo que...

Gilbert Janssen enmudeció.

Con la mirada fija en las tres rectangulares cajas.

Agrandó los ojos.

Las tres cajas se estaban abriendo.

A un mismo tiempo. Se abrían en una línea recta, cada vez más ancha, que iba de extremo a extremo de la caja.

Descubriendo su contenido.

Janssen palideció de terror.

Al igual que Frank Steiner.

—Sal... salgamos de aquí, Frank...

Steiner asintió.

Incapaz de articular palabra.

Y el miedo les paralizó. Tal vez la sorpresa. Lo cierto es que permanecieron inmóviles. Junto a los tres féretros.

Sí.

Eran tres ataúdes.

Ya no había duda alguna.

Cada uno de ellos conteniendo el más alucinante y aterrador de los cadáveres. Como sacados del más abismal de los infiernos.

En el primer ataúd reposaba una deforme masa gelatiniforme de repulsivo color verdoso. Sobre esa masa, semienterrado en ella, una diminuta esfera muy brillante. Una bola luminosa. De diferentes rayos centrados en un iris. Como un ojo infrahumano. La nauseabunda masa llenaba casi por completo la caja.

En el segundo ataúd yacía una horrenda criatura macrocéfala. De apariencia humana, aunque con aberrantes anomalías. Las orejas largas, puntiagudas, partiendo en horizontal del macrocéfalo. Un único ojo. Sobre la abombada frente. Sin párpado. Un ojo pétreo. Sin pupila. Semejando una bola albugínea. Carecía de nariz. La boca era un longitudinal trazo que surcaba el rostro casi de oreja a oreja. Brazos cortos. Al igual que las piernas. Manos de tres dedos, extremadamente largos, engarfiados y sin uñas. Todo el cuerpo recubierto por una extraña capa de aspecto metálico. Como si se tratara de un plumaje de acero.

Y en el tercer féretro otro monstruoso ser.

Infernal.

Una criatura bicéfala. Dos cabezas con cierta semejanza a las del lobo terrestre. También de brazos cortos. Sin dedos, cada brazo terminaba en un muñón-ventosa. Al igual que las piernas. Y el cuerpo, aunque recubierto por aquella especie de piel metalizada, aparecía plagado de diminutas ventosas.

Fue Gilbert Janssen el primero en reaccionar.

Horrorizado.

Retrocedió hasta tropezar su espalda contra la pared.

Y el leve ruido provocado pareció despertar a una de las horripilantes criaturas.

La gelatiniforme masa del primer ataúd comenzó a palpitar.

Convulsiva.

Agitándose.

Como si entrara en ebullición.

La viscosa masa gelatinosa empezó a elevarse. A rebosar del ataúd.

Fue subiendo. Alzándose. Como una serpiente de gigantesco grosor. Y en el extremo, en lo alto, el ojo. Aquella diminuta esfera refulgente.

—Santo Dios...

El murmurar de Steiner fue apenas audible.

Gilbert Janssen sí gritó.

Dominado por el terror.

—¡Salgamos de aquí, Frank...! ¡Antes de que...!

La mucílaga masa salió por completo del ataúd.

Y saltó.

En inverosímil acrobacia.

Extendida.

Como una gelatinosa capa.

Envolviendo a Gilbert Janssen.

Por completo.

El alarido de Janssen quedó ahogado al ser recubierto por aquella glutinosa masa verde.

Frank Steiner no acudió en ayuda de su compañero. Enloquecido por el terror corrió hacia la salida. Como una exhalación pasó a la sala de instrumentos. El miedo le hizo trastabillar y caer. Gateó desesperado hacia el pasillo tubular que conducía a la escotilla de salida.

Ladeó la cabeza.

Y entonces vio a Gilbert Janssen que corría hacia él.

Janssen.

Libre de aquella repulsiva masa verdosa.

—¡Gilbert...! ¡Corre, Gilbert!...

Sí.

Gilbert Janssen corrió hacia su compañero.

Abalanzándose sobre él. Con los brazos extendidos. Las enguantadas

manos aferraron el cuello de Steiner.

—¡Gilbert...! ¡Gil...!

La voz de Frank Steiner se quebró en el micro.

Por el visor del yelmo se contempló su desencajado rostro. Su mueca de dolor. De incredulidad. De pánico...

Las manos de Janssen arrancaron la escafandra de Frank Steiner.

Todos los puntos de sujeción, todos los resortes de seguridad, todos los sofisticados sistemas... fueron rotos.

Gilbert Janssen parecía dotado de una fuerza sobrehumana.

Y lo demostró al golpear a Steiner. Proyectando sus puños con violencia. Sobre el rostro de su compañero. Una y otra vez. Al cuarto golpe, ya había reventado la cabeza de Frank Steiner.

No se detuvo.

Siguió golpeando.

Hasta convertir a Steiner en un sanguinolento amasijo de carne.

Gilbert Janssen quedó inmóvil.

Rígido.

Frank Steiner no pudo contemplar la horrenda metamorfosis. Ya estaba muerto. No podía ver como su compañero Janssen se desdibujaba, como iba apareciendo una gelatinosa capa verdosa que paulatinamente se extendía más y más...

Afortunadamente para Steiner, no contempló aquello.

La glutinosa masa verdosa salía de la boca de Janssen, de sus reventados ojos, de los orificios nasales...

Minutos más tarde, eran dos cuerpos los que yacían sin vida en la circular sala.

Frank Steiner y Gilbert Janssen.

Ambos con el cuerpo destrozado.

- junto a ellos, elevándose monstruosa, la nauseabunda masa glauca. Erguida. Palpitando viscosamente. Con la diminuta bola relampagueando en lo alto. Adherida a aquel pegajoso cuerpo.

- Avanzó.
- Como una gigantesca babosa.
- Hacia la cámara donde se hallaban los tres féretros.
- No llegó a entrar.
- Ya no era necesario.
- Los otros dos fantasmales ocupantes de los ataúdes también habían abandonado la caja. Allí estaban. Bajo el umbral. Uno de ellos se adelantó. El ser macrocéfalo.
    - Y de su enorme boca brotó el sonido a la vez que aquel único ojo níveo se fijaba en los ensangrentados Janssen y Steiner. Luego, la blanca esfera se desvió hacia la convulsa masa verdosa.
    - —Te felicito, Krohik.
    - Y la viscosa criatura respondió:
    - Un sonido que surgió de aquella refulgente esfera.
    - —Ha resultado muy sencillo, Wultha.La criatura bicéfala había avanzado el mural de instrumentos. Las diminutas ventosas que plegaban su cuerpo originaron un extraño y estremecedor sonido. Aquellas dos cabezas lobunas comenzaron a agitarse.Contemplando al inmovilizado robot.Y un infrahumano rugir brotó del bicéfalo.Era una carcajada.
    - Una infernal carcajada que de inmediato fue coreada por sus dos monstruosos compañeros.

CAPITULO IV

Wultha ladeó su macrocéfalo. —¿Qué opinas, Moffsthow?

Moffsthow respondía indistintamente por una de sus dos cabezas. Alternándolas. Cada movimiento acompañado por el espeluznante chasquear de sus diminutas ventosas.

—Mantengo la hipótesis de Krohik.

—Cierto, hermanos —dijo la deforme masa—. Parece increíble, pero ha sucedido. La más remota de las posibilidades. El más insospechado de los fallos ha alterado el funcionamiento del SWAS-B.

—Un SWAS-B es de lo más perfecto. Se autorrepara de cualquier fallo. Por importante que sea.

—Cierto —respondió Krohik—. Y los sistemas de emergencia de nuestro navío espacial funcionaron al instante. Era necesario tomar tierra para que el SWAS-B iniciara su autoreparación. Y entonces es cuando entra en juego nuestra buena suerte. Al aterrizar la plataforma, algún alterado circuito del SWAS-B presiona y abre la escotilla S-I. Nada hubiera ocurrido. La capa de sanghelo protege del exterior.

—Entonces aparecen nuestros salvadores —rió Wultha, oscilando sus largas orejas horizontales—. ¡Aún no puedo creerlo!

—La capa de sanghelo se quebró sin que en la sala del SWAS-B se adoptaran las debidas precauciones. El SWAS-B no pudo hacerlo dado que ya había iniciado su programa de reparación. Y se incrementó la alteración. Extendiéndose a diferentes registros del SWAS-B y del cuadro de mando. Una serie de alteraciones en cadena que determinaron el que se abriera nuestra cámara de castigo y los sistemas de seguridad de los féretros.

—Pero el SWAS-B se está reparando.

—No se lo permitiremos, Wultha-Moffsthow avanzó hacia el mural tendiendo su muñón-ventosa derecho—. Yo sé cómo impedirlo. Alterando todas las conexiones reduciré al mínimo los segmentos del SWAS-B. Hasta convertirlo en un vulgar SWAS doméstico.

Krohik intervino.

Era alucinante el verlo desplazar. Sus movimientos viscosos. La gelatinosa masa palpitar de un lado a otro. Adoptando las más variadas de las formas. Alargándose,

empequeñeciendo, doblándose...

—Ni tan siquiera eso, Moffsthow. No lo necesitamos para nada. ¡Hay que destruirlo! ¡Ha sido nuestro guardián!

Moffsthow manipuló en el mural de mando.

Pulsando botones, palancas, interruptores, circuitos... Todo a un tiempo. Las diminutas ventosas salían proyectadas de su cuerpo. Unidas por una especie de cordón umbilical. Retornando de nuevo con revulsivo chasquido. Llegó a desplazar ocho ventosas. El muñón-ventosa de sus manos, dado el considerable tamaño, no fue utilizado en los instrumentos del panel.

—Esto ya está. El SWAS-B ya no mantiene contacto alguno con el navío espacial. Es totalmente ajeno a la plataforma. Algo que jamás hubieran sospechado en nuestro planeta. Nosotros descartados. Sin posibilidad de salir de la cámara de castigo. Controlado nuestro poder e inmovilizados por los sistemas de seguridad. ¿Quién más podía atacar al SWAS-B? ¡Nadie! ¿Quién iba a imaginar la aparición de esos dos astronautas?

—¿De dónde proceden, Krohik? —interrogó Wultha.— Al atacarle y provocar la mutación, me apoderé del cerebro de ese ser. Tengo todos sus conocimientos. Procede de un planeta que denominan Tierra.

—¿Tierra? ¿Es conocido en nuestro planeta?

—No, aunque parece ser que pertenecemos a un mismo Sistema Local; pero en diferente galaxia. Ellos, los terrestres, forman un llamado Sistema Solar. Muy curioso...

—¿Por qué?

El destellante ojo de Krohik se deslizó por la gelatinosa masa. En zigzag.Retornó de nuevo a alcanzar el punto más alto de aquella monstruosa masa. Con aquel rápido recorrido acusaba su hilaridad.—La Tierra tiene un satélite de nívea luz que denominan Luna. Y un astro luminoso que les proporciona calor. El Sistema Solar lo forman diez planetas. La Tierra, Mercurio, Venus, Marte, Saturno, Urano, Neptuno, Plutón, Riga y el cinturón asteroidal.

—¡Por el gran Brham! —exclamó Wultha—. Resulta idéntico a nuestro sistema planetario. Un satélite brillante, una estrella de fuego y diez planetas[1]. Parece cumplirse la teoría de alguno de nuestros científicos. Universos paralelos, duplicidad espacial... Tal vez ese Sistema Solar

sea un fiel reflejo del nuestro.

○ —No del todo —prosiguió Krohik—. Aquí sólo un planeta es habitado. La Tierra. Sólo en él hay civilización.

○ —¿En qué grado? Krohik
volvió a reír.

○ Lo delató el zigzaguear de su ojo por la amorfa masa.

○ —Estamos en Marte. Un planeta de los más próximos a la Tierra. Esos dos cosmonautas eran los primeros en posarse sobre terreno marciano e iniciar una investigación. Han conquistado la Luna y disponen de una rudimentaria estación espacial, pero nada más. Llegaron en una astronave primitiva para nosotros.

○ —¿Cómo son los terrestres, Krohik? Ciudades, alimentación, armamento, idioma...

○ —Vamos a la Esfera de Defensa —sugirió Moffsthow—. El transmisor de cerebros nos dotará de los conocimientos adquiridos por Krohik.

○ Moffsthow accionó una palanca del panel.

○ En el suelo de la sala se abrió un rectángulo descubriendo una plancha metalizada que subió unas pulgadas de la superficie.

○ Los tres alienígenas se situaron sobre la plataforma. Esta inició el descenso. De allí pasaron a un pasillo deslizante y luego a un tubo-elevador que les situó en otra de las esferas del navío espacial.

○ La Esfera de Defensa.

○ El descomunal esferoide estaba dividido en secciones. Con el más variado armamento portátil, de larga y corta distancia. Sin contar los disparadores espaciales acoplados en la plataforma volante.

○ Moffsthow y Krohik se situaron frente a un aparato dotado de dos salientes semicírculos. Como dos casquetes. Unos filamentos apenas visibles bordeando ambos semicírculos.

○ Krohik se situó en el lado derecho de la máquina. Bajo el casco. Moffsthow a la izquierda.El macrocéfalo Wultha tecleó sobre el panel del aparato.Los filamentos de ambos cascos comenzaron a oscilar centelleando en fugaz sucesión de color.

○ Muy brevemente.Los semicírculos se eclipsaron.

○ Wultha ocupó seguidamente el lugar de Moffsthow.La operación duró igualmente cortos segundos.Moffsthow comenzó a hablar en un inglés con marcado acento neoyorquino. Wultha le respondió en un ruso bastante

perfecto. Impecable resultó el francés pronunciado por Krohik.

- Rieron desaforadamente.
- —El cerebro del tal Gilbert Janssen no era el de un ignorante terrestre —dijo Wultha—. Al menos hablaba tres idiomas. Ingeniero espacial, piloto...—Un hombre casado y con tres hijos —Moffsthow movió sus lobunas cabezas—. Resulta ridículo que aún convivan en parejas y realicen la procreación fuera de laboratorio.Wultha agitó sus horizontales y puntiagudas orejas.—Lo que a nosotros importa es el poder bélico existente en la Tierra. Y por los datos almacenados en el cerebro de Gilbert Janssen, se deduce que es un planeta fácil de ser atacado y vencido. Dos grandes potencias juegan al terror nuclear atemorizando y dominando a las restantes. Dos grandes potencias que, conscientes del peligro de un cataclismo nuclear, se limitan a pequeñas escaramuzas.
- —Como la I Guerra Nuclear Europea de 1987.
- —Perfecto, Krohik —rió Wultha—. Sobresaliente en Historia. Así fue. Hace exactamente... cinco años. Ahora, la Tierra está en el 1992. Con sus eternas rencillas, en su vana lucha contra la contaminación, dominando a los débiles... Es un planeta condenado al fracaso. Un planeta habitado por ambiciosos.Moffsthow se aproximó a uno de los cuadros de mando. Uno de los muchos existentes en la Esfera de Defensa.
- Se acomodó frente a unas pantallas múltiples telescópicas manipulando en osciladores, amplificadores de imagen, sintonizadores de alcance ilimitado...El panel de pantallas múltiples se iluminó.Aparecieron borrosas imágenes del planeta Tierra.Moffsthow siguió manipulando en el cuadro de instrumentos guiado por unos extraños signos de orientación marcados en el orientador central.
- Centró todas las imágenes en una sola pantalla.La Tierra apareció nítida.Volvió a teclear.
- Con varias de sus ventosas pectorales.Fue como si se acercara más el objetivo de una cámara fotográfica. Primero fue un veloz recorrido por el planeta. Luego más detenidamente. Más minucioso el examen.—África, Europa... Ahí... Esos son los Estados Unidos. La gran potencia de la Tierra. Vamos a curiosear por sus ciudades...—Ya las conocemos.—No todas, Krohik. Ciertamente Gilbert Janssen fue un gran viajero. Su

cerebro nos ha proporcionado grandes conocimientos terrestres, pero es preferible contemplar por nosotros mismos nuestro futuro hogar.

- —¿Seguro que no hay vida en ningún otro planeta del denominado Sistema Solar? —preguntó Wultha.
- Moffsthow denegó con ambas cabezas al unísono.—Las sondas e investigaciones llevadas a cabo por los terrícolas así lo han determinado. No hay vida inteligente, aunque sí vida bacterial y microorganismos. Sin interés para nosotros. Necesitamos un planeta como la Tierra.
- Los tres alienígenas permanecieron con la mirada fija en la pantalla.Fue un fugaz recorrido por diferentes estados de USA.Y luego pasaron a la URSS.—¿Quién será el elegido? —inquirió Wultha.
- —Poco importa —habló Moffsthow por su cabeza diestra—. Por lo que hemos visto y conocemos de la Tierra, será un trabajo fácil. El armamento es rudimentario. De sencillo bloquear. Cualquiera de nuestras armas del equipo en Esfera de Defensa arrasaría una ciudad como Nueva York.
- —Por supuesto que será fácil —afirmó Krohik—. La astronave pilotada por Janssen y Steiner, el Cyclops V, no consiguió captar nuestra presencia. Ni el radar, detectores ni espectrómetros. El sistema de nuestro navío espacial burla todos los detectores terrestres.
- —¿Qué hacemos con el Cyclops-V?
- —Destruirlo —sentenció Krohik.—¿Una ED-X?
- —No será necesario tanto alarde. Una simple granada desintegradora SV será más que suficiente para convertir esa astronave en chatarra.
- —Dejadme a mí...
- Wultha fue hacia la cabina de combate. Se introdujo en el recinto. Un resorte hizo salir de su receptáculo al lanzagranadas astral. De inmediato, el mecanismo de autoseguridad cerró la escotilla de la Esfera de Mando.
- Pulsó el panel de disparo.Se iluminó una pantalla.Y en ella apareció reflejado el Cyclops-V.Diez segundos.Transcurrido ese tiempo, la cosmonave terrestre se desintegró envuelta en alucinante llamarada. En el interior del navío alienígena ni tan siquiera se acusó la horrenda explosión cercana.
- Wultha salió riendo como un niño travieso.
- —Solucionado. En la Tierra empezarán a hacer estudios sobre el origen de la explosión, en busca de fallo... Jamás

sospecharán que la astronave fue atacada.—No vamos a dejar rastro alguno —dijo Krohik— Los dos cosmonautas terrestres y SWAS-B serán arrojados al espacio.

- —No olvidemos el vehículo ligero. El molab.Moffsthow rió.—Ridículo método de desplazarse. Al igual que ese equipo de penetrómetro para el estudio de los materiales.
- —No hay duda de que en la Tierra necesitan de nuestra inteligencia. Nos convertiremos en dueños de ese primitivo planeta —sentenció Wultha—. ¡Lo conquistaremos!
- —¿Por dónde empezamos? Podemos arrasar toda Europa y luego...
- —No, Moffsthow. Necesitaremos hasta el último de nuestros futuros esclavos —el ojo de Krohik pareció incrementar su destellante fulgor—. Convertiremos la Tierra en un planeta poderoso. Comunicando nuestra avanzada tecnología. Se construirán plataformas espaciales como ésta. Planeadores capaces de surcar el espacio sin problema alguno. Navíos cósmicos que puedan llegar hasta... Shirka. —¿Hasta nuestro planeta?
- El níveo ojo frontal de Wultha también pareció relampaguear.
- —¿No comprendes la idea de Krohik? Yo sí, Moffsthow. Y la comparto. Regresaremos a Shirka, pero no como desterrados; sino en plan de atacantes. Pasará mucho tiempo, pero lo conseguiremos. Antes tenemos que dominar la Tierra, hacer de sus habitantes nuestros esclavos, formar un ejército, fabricar armas poderosas, navíos cósmicos... Entonces habrá llegado el momento de nuestra venganza en Shirka.
- —¿A qué esperamos? —bramó Noffsthow—. ¡Rumbo a la Tierra!
- —Y Nevada será nuestro punto de partida.
- —¿Nevada? ¿En los Estados Unidos?Krohik asintió con un viscoso agitar de su cuerpo.
- —Descenderemos en uno de los planeadores. Sobre Langesville. Una pequeña ciudad próxima al Black Rock Desert y casi fronteriza con California.
- —Langesville... Allí nació Gilbert Janssen.
- —En efecto. Y conocemos esa ciudad merced a los... recuerdos almacenados en el cerebro de Gilbert Janssen. Un buen lugar para escondernos.
- —¡Ira de Brham...! ¡No necesitamos escondernos! Podemos presentarnos e imponer nuestra fuerza.

○ —No tan abiertamente —advirtió Krohik—. Hay que actuar con prudencia. Debemos descender parte del equipo bélico en el planeador. Tampoco nos conviene arrasar gran parte del planeta. Descenderemos en Langesville.

○ —¿Cuánto tiempo calculas, Krohik? —interrogó Wultha —. ¿En cuánto tiempo nos adueñaremos del planeta Tierra?

○ El ojo móvil de Krohik serpenteó por su gelatinoso cuerpo.

○ Una y otra vez.

○ —No más de cinco días. Sí, hermanos... Cinco días serán más que suficientes para dominar la Tierra.

○ CAPITULO V

○ Fredie McKern carraspeó. —Las estrellas parpadeaban deslumbradas por la luminosidad de tu belleza. Sí.

○ Más o menos era aquello lo que había leído en cierta ocasión. Ya hacía algunos años. En una novela barata. Una novelita romántica.

○ Y siempre le había dado resultado.También ahora.

○ Nancy Wilson estaba ya a punto de caramelo. Totalmente reclinada en al abatido asiento del «Dickens». Con los ojos entonados. Abandonada a las caricias de McKern. Éste la besaba en el cuello, en los labios, mordisqueando el lóbulo izquierdo, el derecho...

○ —¡Oh, Fredie...! ¡Qué cosas dices...!

○ Cierto.

○ Aquellas cursiladas ya no estaban de moda, pero precisamente por ello eran muy apreciadas en las jovencitas.McKern deslizó su zurda hacia los cierres de la blusa femenina.—La luna... contempla la luna, Nancy... Se oculta ruborosa para dejamos a solas con nuestro amor. Aquello era de la cosecha del propio McKern. Entusiasmado por el momento.

○ Su zurda ya había entrado en contacto con uno de aquellos erectos senos. El derecho. Duro. Puntiagudo. De saliente pezón que Fredie fustigó con el dedo pulgar.

○ Nancy comenzó a jadear.

○ Abrió los ojos.

○ El techo de vidrio del «Dickens» le permitió contemplar el negro manto del cielo. No había estrellas parpadeantes. Ni tan siquiera luna. Era una noche negra cerrada, totalmente tenebrosa.

○ —Fredie...

- —¿Sí, nena? —murmuró McKern, que había deslizado sus labios desde el frágil cuello a los turgentes senos.—No hay nada.
- —¿Cómo...?—No hay luna, ni estrellas...Fredie McKern alzó levemente la cabeza.
- Dirigiendo una rápida mirada al cielo.
- —Ya te lo he dicho, Nancy. Han retrocedido ante tu belleza. Olvídalo. El susurrar de las aves nocturnas nos acompaña en un dulce...—¿Susurrar de aves nocturnas? Son grillos, Fredie. Es el canto de los grillos.
- McKern hizo una mueca.Ya se lo habían advertido.Con Nancy no había nada que hacer.
- Era demasiado estúpida.
- Fredie McKern no se dio por vencido y volvió a la carga. Era un tipo persistente. Tenía fama de ello en Langesville. Un individuo atractivo. Frisando en los treinta años de edad. Periodista en el Lange Post y director de la videoteca local. Ostentaba también el cargo de ecologista para la extensa zona comprendida entre el Blanc Rock desert y el Pyramid Lake.
- McKern era un amante de la Naturaleza. Ríos, lagos, montañas, colinas... Un entusiasta.
- Precisamente ahora estaba admirando dos perfectas colinas. Estudiándolas detenidamente. Volcándose sobre ellas. Besándolas con pasión. Centrándose en la rosada aureola que cercaba el erecto pezón. Nancy volvió a entornar los ojos. Jadeando de nuevo. Placenteramente.
- Ajena ya al poco romántico cantar de los grillos, la carencia de estrellas o el desertar de la luna.
- Los dedos femeninos se ensortijaron entre el rebelde pelo de McKern. Presionando su cabeza contra la abierta blusa.
- Fredie McKern, aunque casi sin respiración, no protestó. Deslizó la diestra. En busca del zipper de la falda. Y Nancy gritó.No fue un desenfrenado suspirar de placer. Ni un incontrolado gritito de pasión. Ni una exclamación provocada por la lujuria. Fue un auténtico alarido. Fredie McKern respingó sobresaltado. —¿Qué... qué ocurre? La muchacha tenía los ojos desorbitados. Fijos en el cielo. —Lo... lo he visto... —¿A quién? —¡Un OVNI! —¿Un... OVNI?
- —¡Sí, Fredie! ¡Eso es! Estaba allí. ¡En lo alto! Pude verlo perfectamente. Se detuvo unos instantes quedando

inmóvil en el aire. Era como un planeador. Circular., ¡Un platillo volante!

- —Esperaba que dijeras eso, Nancy. Un platillo volante.
- —¡Es cierto, Fredie! Su forma era elíptica. Plateado. Con cuatro relampagueantes luces. Permaneció inmóvil y luego desapareció.
- —Se largó a Marte, ¿eh? Perfecto. Ya no volverá por esta noche. Podemos seguir con lo nuestro y...La joven rechazó los nuevos intentos de aproximación de McKern.
- Se incorporó.
- El respaldo del asiento volvió automáticamente a su posición vertical.
- —No estoy bromeando, Fredie. ¡Era un OVNI.
- McKern contó mentalmente diez. Controlando sus deseos de estrangular a Nancy. Terminó por esbozar una sonrisa a la vez que colocaba el respaldo en su posición habitual.
- —Estás equivocada, Nancy.—¡Lo he...!
- —No, pequeña —interrumpió McKern, manteniendo aquella forzada sonrisa—. Tú no has visto un OVNI. No existen. No lo hay. Yo sé mucho de eso. No olvides que soy periodista, escritor y un tipo inteligente. No hay vida en ningún planeta de nuestro Sistema Solar. Ocurre que estamos todos muy impresionados por lo ocurrido al Cyclops-V. La tragedia nos ha afectado. Los científicos de la NASA están investigando en el posible fallo que hizo desintegrar la astronave. Se descubrirá lo ocurrido y desaparecerán las hipótesis de esos periodistas sensacionalistas.
- —¡Era un OVNI!—¡No, maldita sea! ¿Quieres saber lo que has visto ¡Puedo proporcionarte infinidad de respuestas! Eso que crees un OVNI pudo ser originado por el paso de la luz procedente de una estrella a través de una corriente de aire caliente temporalmente aprisionado encima de otra capa de aire más frío. Todo ello provoca una serie de discos errantes a gran velocidad para los ojos de cualquier mortal, ¿entendido? Nancy parpadeó.Por la expresión de su rostro delataba no haber entendido absolutamente nada. Fredie McKern prosiguió.
- Sin percatarse de la mueca de estupor reflejada en la muchacha.
- —También pudo ser una masa energética que se acusa al pasar sobre campos regados con ciertos fertilizantes. O bien una chispa de alto voltaje que, al atravesar una nube

de vapor de amoníaco, produce una luz semejante a un platillo que permanece inmóvil durante unos instantes para luego subir a gran velocidad.

- —No subió, Fredie. Desapareció en el aire. Sin dejar rastro. Quiero irme a casa, Fredie.
- —Pero...
- —Tengo miedo, Fredie. McKern empequeñeció los ojos. Fijos en Nancy.
- Allí estaba, con sus veintidós añitos, temblando de pies a cabeza por la supuesta visión de un OVNI. Algo que ya no asustaba a nadie.
- Nancy, con la blusa abierta.Asomando aquellos prominentes senos.
- No.
- Ciertamente no era una niña, pero se estaba comportando como tal.
- Fredie McKern asintió moviendo repetidamente la cabeza. Con un resignado suspirar.
- —Okay. Ya has estropeado la noche. Mejor regresar a casa.
- —No me crees, ¿verdad, Fredie? McKern no respondió.
- Maniobró para sacar el «Dickens» de la cuneta. El auto, un aerodinámico turboflite con techo de vidrio térmico coloreado, se situó en la carrera.El trayecto fue corto.Pocas millas les separaba de Langesville.

- antes de llegar a la ciudad estaba el local de Albert Stanton. The Clover. Snack-bar y gasolinera.

Fredie Mckern bordeó el robot-surtidor, funcionando en el servicio nocturno, para detenerse frente a la entrada del snack-bar.

—Fredie...

—Buenas noches, Nancy.

La muchacha hizo un mohín.

Sin pronunciar ninguna otra palabra descendió del vehículo encaminando sus pasos hacia el snack-bar.

McKern reanudó la marcha del Dickens.

Alejándose a gran velocidad.

Había resultado cierto. Nancy era una chica difícil. Incluso para

Fredie McKern. Nada había conseguido.

Un OVNI…

El esbozo de una sonrisa asomó a los labios de McKern.

Terminó por reír divertido.

Al llegar a Langesville, ya había olvidado el incidente con Nancy. Sin el menor rencor hacia la fantasía de la muchacha.

Y justo en aquel momento se iniciaba la tragedia en The Clover.

* * *

Albert Stanton, situado tras el mostrador del snack, alzó la mirada del video-libro al oír girar el mecanismo de cierre de la puerta.

Sonrió a la vez que sus ojos acusaban un súbito brillo.

Un destello de lascivia.

—Hola, Nancy. No te esperaba tan pronto. ¿Acaso estaba fría el agua del lago?

Nancy no se dignó a responder al individuo.

Se introdujo tras el mostrador colocando un vaso bajo una de las espitas de la máquina de batidos.

—Enfadada, ¿eh? —rió Stanton—. Te lo advertí. Fredie McKern no es fulano para ti.

—Déjame en paz, Albert.

Albert Stanton era un individuo delgado. De rostro y cuello alargado, con un sempiterno abatimiento de hombros que le daba un aspecto cansino. Recientemente había cumplido los cincuenta años de edad. Y lo acusaba. Empezaba a babear por las jovencitas.

Sus ojos se tornaron aún más vidriosos.

Fijos en la blusa de Nancy.

Estaban mal ajustados los cierres. Mostrando el inicio de los opulentos senos. Tensando provocativamente la tela. Marcándose sensuales.

Nancy vació el vaso. Instintivamente pasó la punta de la lengua por los gordezuelos labios borrando una fina capa de crema.

También Stanton.

Con un gesto reflejo, se pasó la lengua por los labios.

—En, Nancy… Fíjate qué cosa más curiosa —dijo Albert Stanton, tecleando sobre una de las láminas del video-libro. A ti te gustan los animales, ¿verdad?

Empujó el video-libro por el mostrador.

Hacia Nancy. Y la muchacha enrojeció.

Se trataba de un video-libro porno.

Y la lámina mostrada por Stanton reflejaba una soez escena de zoofilia.

—Eres un cerdo, Albert. Un perfecto bastardo.

Stanton rió en estridente carcajada.

Nancy avanzó con presuroso paso hacia la escalera situada al fondo del local. Subió los peldaños de dos en dos.

Tras ella resonaba la burlona risa de Stanton.

La muchacha se introdujo en una de las habitaciones del corredor, cerrando con violencia.

El portazo borró la risa de Stanton.

—Aprendiz de ramera —masculló Albert Stanton con la mirada fija en la baranda—. Ya llegará mi día…

Stanton comenzó a maldecir.

Para que llegara aquel día soñado, tenían que ocurrir muchas cosas. En primer lugar, era necesario que desapareciera la señora Stanton.

Sí.

Aquél era el principal obstáculo.

Albert Stanton dominado por su esposa. La verdadera propietaria de The Clover. Con el dormitorio muy próximo al de las chicas. Judith y Nancy. Dos lindas jovencitas que trabajaban de camareras en el snack. También estaban Gary Salkow y Lee Waterson, empleados de la gasolina y taller. Todos ellos pernoctaban en The Clover.

Demasiados testigos para que Albert Stanton intentara algo contra

Nancy. Al menos por la fuerza. Con Judith era distinta. Judith era más… comprensiva.

Stanton se ladeó hacia una de las estanterías.

Atrapó una botella de whisky.

Fue al girar cuando descubrió la presencia de los tres clientes. Tres clientes que habían surgido en el local fantasmagóricamente. Sin abrir la puerta de entrada.

Tres clientes que desencajaron el rostro de Albert Stanton en indescriptible mueca de terror.

CAPITULO VI

Albert Stanton sacudió la cabeza.

Como si quisiera despertar de una horrible pesadilla. Sin dar crédito a la espantosa visión.

La botella de whisky escapó de sus manos golpeando en el mostrador y rebotando hacia el suelo.

El estruendo no despertó a Stanton de su pesadilla.

La imagen seguía allí.

Formada por aquellas tres monstruosas criaturas.

Una de ellas avanzó. Haciendo oscilar su voluminosa cabeza. Una cabeza grande y desproporcionada. Con un único ojo centrado en hinchada frente. Un ojo níveo. Brazos cortos, con tres largos dedos en cada mano. Un cuerno brillante, metalizado por una fina capa de infrahumana piel. Dos cananas se cruzaban en su pecho. Una especie de cinturón con cartucheras. Estas eran de diferente tamaño y forma. Circulares, rectangulares, cilíndricas... Dotadas de extraños mecanismos. También, a espaldas del macrocéfalo, una original mochila formada por tubulares compartimientos unidos entre sí.

Albert Stanton retrocedió ante el avance del monstruo.

—No... no...

—¿Qué te ocurre, amigo?

Stanton bizqueó.

Con una desencajada mueca de terror y sorpresa.

Uno de aquellos monstruos le había hablado. La criatura de dos cabezas lobunas. También equipado con cartucheras en el pecho, cintura y mochila a la espalda.

Sí.

Le había hablado en un inglés de marcado acento americano.

Fue el movimiento del tercer monstruo lo que hizo reaccionar a Albert Stanton. Lo que le llevó al paroxismo del horror. El avance de aquella glutinosa masa. Su viscoso deslizar en horizontal zigzaguear.

Con la diminuta esfera brillando en lo alto de la amorfa masa.

Albert Stanton corrió alucinado hacia uno de los extremos del mostrador. Se inclinó para sacar el «Marvel». Un potente rifle de triple cañón. No apuntó. Le temblaban demasiado las manos. Tampoco era necesario. Un disparo del «Marvel», su mortífera descarga, abatía cualquier objeto en amplio radio de tiro.

Stanton apretó el gatillo.

Siempre tenía el «Marvel» presto a funcionar.

Eran muchos los grupos de delincuentes y asesinos que pululaban por Nevada. Sin contar los procedentes de la vecina California.

El poderoso disparo del rifle resonó con estruendo.

Ese fue su único efecto.

El ruido.

Nada más.

Albert Stanton agrandó los ojos.

Incrementando aún más su terror.

Los tres monstruos no habían acusado la descarga del «Marvel». Ni tan siquiera les había alcanzado. El multifuego de los cañones fue detenido. Estrellándose contra una invisible barrera. Contra una invisible cortina que parecía proteger a las tres deformes criaturas.

El ensordecedor disparo sí alarmó a los moradores de la casa.

Gary Salkow fue el primero en aparecer. En pijama. Corriendo por el pasillo con un Colt «Sewer» en la diestra. Se detuvo al llegar a la baranda y dirigir su mirada hacia abajo.

El contemplar aquellos tres monstruos le paralizó.

Muy brevemente.

Comenzó a gritar a la vez que, aferrando la «Sewer», accionaba el disparador una y otra vez.

Acudió también su compañero Lee Waterson.

Igualmente con un «Sewer» en la mano derecha.

—¿Qué es lo...?

Waterson quedó sin habla.

Wultha subía los peldaños. Haciendo oscilar su macrocéfalo. Con una amplia sonrisa que descubría sus rojizas fauces.

—¡Dispara, Lee! —gritó Gary Salkow, enloquecido por el terror—. ¡Por todos los cielos!… ¡Dispara!

Wultha llevó su diestra hacia una de las cartucheras del ancho cinturón. Sus tres largos dedos atraparon un objeto cilíndrico. Segmentado. Con una especie de culata en semicírculo dotada de un pulsador.

El dedo central de Wultha presionó ese resorte.

Del artefacto tubular surgió el rayo. Un fugaz foco de luz opalescente. Un relámpago que envolvió a Salkow y Waterson.

En fracción de segundo.

A los breves instantes en que Salkow y Waterson quedaron bañados por aquella refulgente luz, siguió la desintegración. Comenzaron a gasificarse. A desaparecer. Los dos hombres terminaron por volatizarse sin dejar rastro alguno.

La escena fue contemplada por Sarah Stanton.

Bajo el umbral de entrada a su habitación.

También Nancy y Judith, desde el fondo del corredor, presenciaron horrorizadas la fantasmal desaparición de los dos hombres.

Y la llegada de Wultha al primero de los peldaños de la baranda del corredor.

Las tres mujeres gritaron encerrándose en sus habitaciones.

Una infrahumana carcajada brotó de Wultha.

—¡Moffsthow! ¿No querías conocer a las hembras terrestres? ¡Puede que resulten agradables!

Moffsthow sacudió sus dos cabezas al unísono.

Riendo.

—¡Voy contigo, Wultha! ¡Sí, por el gran Brahm! ¡Quiero conocer a las terrestres! ¡Ahí te quedas, Krohik!

El ojo de Krohik serpenteó por el mucilaginoso cuerpo.

También estaba riendo.

—¡Estúpidos! Puede que yo sea el único que experimente placer con las terrestres. Puedo sentir lo mismo que un terrícola con solo…

Krohik no concluyó la frase.

Actuó.

Un irreal salto hacia el aterrado Albert Stanton que permanecía en un rincón tras el mostrador.

La amorfa masa se extendió en abanico. En pegajosa capa. Cayendo viscosa sobre Stanton.

El desgarrador alarido de Albert Stanton fue muy breve.

De inmediato ahogado al quedar bajo aquella nauseabunda envoltura verdosa.

Sí sonaron gritos femeninos en la primera planta. Enloquecidos alaridos y llamadas de angustia.

Wultha había penetrado en la habitación de la señora Stanton.

Y Moffsthow en la estancia ocupada por Nancy y Judith.

De poco sirvió a las mujeres cerrar bajo llave y colocar los sistemas de seguridad en las puertas. Se desbloquearon como si una invisible mano manipulara en ellos.

Nancy y Judith se abrazaban sin cesar en sus desgarradores gritos. Contemplando el avanzar de Moffsthow. Su repulsivo chasquear de ventosas. El agitar de sus dos lobunas cabezas.

—Hola, pequeñas… Moffsthow os saluda…

El monstruo tendió sus muñones-ventosa.

Hacia las dos aterradas muchachas.

Nancy consiguió esquivarle y correr hacia la puerta. Sin que Moffsthow tratara de retenerla. Su muñón-ventosa izquierdo se había adherido al seno derecho de Judith. Esta gritó hasta enronquecer.

Nancy, alucinada por el terror, cayó en el pasillo. Gateó incorporándose torpemente.

Fue entonces cuando vio llegar a Albert Stanton.

Corrió hacia él.

—¡Albert! ¡Salgamos de aquí! ¡Tenemos que salir de aquí y dar aviso...!

Nancy enmudeció.

Parpadeó estupefacta.

Stanton estaba sonriente.

—Albert...

—Dime, nena. ¿Ocurre algo?

—Unos... unos monstruos... están atacando...

Albert Stanton continuaba sonriendo. Con una extraña mueca reflejada en el rostro. Con un siniestro brillo en las pupilas.

Nancy se apartó de él. Quiso seguir su desenfrenada carrera hacia la escalera. Pero Stanton le cerró el paso. Tendiendo sus manos hacia la cintura femenina.

—Vamos a pasarlo muy bien, Nancy... El gran día ha llegado para Albert...

—Estás... ¡Estás loco! ¿No comprendes...? ¡Suéltame, Albert! ¡Tenemos...!

Un escalofriante alarido resonó del fondo del corredor.

Era Judith.

Un desgarrador grito que no impresionó en absoluto a Stanton. Este sólo centraba su atención en Nancy.

Se abalanzó sobre la joven.

Atenazándola contra sí.

Con una fuerza que inmovilizó por completo a Nancy. Fue alzada en vilo. Conducida hacia la habitación donde se hallaban Moffsthow y Judith.

Stanton reía una y otra vez.

En gutural carcajada.

Penetró en la estancia portando a Nancy entre sus brazos, de poco

servía la resistencia de la muchacha. Sus golpes, arañazos, bracear...

Y Nancy dejó toda resistencia.

Fue al contemplar a Judith.

El monstruoso ser bicéfalo se había volcado sobre Judith. Las diminutas ventosas de su cuerpo pegadas a Judith. Docenas de ellas.

Nancy, ante aquel cúmulo de horrores, se desvaneció.

Ya no despertaría jamás.

CAPITULO VII

Se habían establecido controles en todas las carreteras y autopistas cercanas a Langesville. Incluso en la pista de conducción automática de Nevada-California en el túnel de acceso de Small Pass.

The Clover seguía acordonado por la policía.

Los expertos en dactiloscopia y habían concluido su labor. Las cámaras detectoras de huellas recorrieron palmo a palmo la casa y alrededores.

Ya había amanecido.

Un día gris y frío.

Ya empezaban a acudir los primeros curiosos procedentes de Langesville. La noticia había sido difundida por las emisoras de radio locales. No muy extensa. No había comunicado oficial. Sólo se hablaba de una horrenda masacre en The Clover.

Ni tan siquiera se había permitido el acceso a la Prensa.

—¡Maldita sea, sheriff! ¿Qué diablos ocurre? ¡Quiero enviar la telecrónica antes del almuerzo!

Dabney Higgins, sheriff de Langesville, estaba bajo el porche del snack.

Dirigió una dura mirada al individuo.

Bruce Resnick. Un bastardo. Corresponsal en Langesville de III Nevada Televisión. Durante el año apenas comunicaba noticia alguna de interés. Langesville era una localidad tranquila, aislada y ajena a conflictos. Las video-noticias cursadas por Bruce Resnick raras veces eran programadas en III Nevada Televisión.

—¡Fredie!...

McKern estaba junto a su auto.

Con la cabeza inclinada.

Alzó la mirada ante la llamada del sheriff.

Acudió hacia el porche.

—¡Condenado sea, sheriff! —vociferó Higgins, añadiendo una soez maldición—. ¡Eso no es justo! ¡Todos los medios de comunicación deben…!

Fue el agente Steart.

Tenía la porra eléctrica en la diestra.

Muy próximo a Resnick.

Y la descargó violentamente sobre la cabeza del reportero. Este se desvaneció sin un solo gemido.

—¡Steart!

—¿Sí, sheriff?

—Cuente con una gratificación a final de mes.

—Gracias, señor.

Fredie McKern llegó ante el representante de la ley. Esbozó una sonrisa al contemplar la contundente caída de Resnick.

—Ya le has proporcionado a Bruce algo noticiable.

El sheriff hizo una mueca.

—Lo dudo. Ni la muerte de un bicho como Bruce Resnick sería noticia en la III Nevada televisión. ¿Quieres entrar, Fredie?

—¿Yo solo? ¿Por qué esa consideración, Dabney? Nunca nos hemos llevado bien profesionalmente. Todo lo contrario.

—Cierto. Yo estoy con el sistema. Apoyando al poder vigente. Tú lo atacas.

—Sólo en los puntos que merece ser atacado.

—Eres un buen periodista, muchacho. Por eso estás confinado en un villorrio como Langesville. Y aún desde aquí sigues atacando, pero tu voz se pierde en el Black Rock Desert. Quiero que entres, aunque no como periodista; sino como ciudadano de Langesville. Nada de lo que veas debe ser divulgado. Al menos de momento.

McKern arqueó las cejas.

—¿Por qué no? Unos asesinatos, ¿no es eso? Desgraciadamente, la violencia ya no asusta a nadie. De poco sirve el desesperarse y clamar en demanda de mayor severidad. En todos los EE.UU., está implantada

la pena de muerte. Y los asesinatos, violaciones y masacres sectarias siguen en aumento. Habitamos un mundo de locos, Dabney.

—¿De veras? —el sheriff denegó con un movimiento de cabeza—. No, Fredie... Ni tan siquiera un loco sería capaz de... Sígueme. Sígueme y comprenderás mis motivos. No quiero que se comunique aún lo ocurrido en The Colver. Es... es demasiado alucinante.

—Nancy también, ¿verdad?

—Sí, Fredie. Es una de las víctimas.

—Ayer estuve con ella —murmuró McKern, con tensa voz—. En el Small Lake. Y hoy...

Los dos hombres penetraron en la casa.

Fredie McKern, instintivamente, fijó la mirada en la combinación de la puerta. El mecanismo de cierre no parecía violentado. El snack fue abierto a los asesinos o éstos conocían la combinación.

Subieron la escalera que conducía al piso superior.

La primera puerta del corredor, correspondiente a la habitación de los Stanton, estaba abierta.

Allí, sobre el lecho, yacía Sarah Stanton.

Las piernas brutalmente separadas. Casi en horizontal. La cabeza grotescamente ladeada. Con el cuello roto. La expresión en el rostro de Sarah imposible de describir. Una alucinante mueca de terror desencajaba las facciones de la mujer. En los desorbitados ojos aún se reflejaba el infinito pánico.

—Es... es como si hubiera sido atacada por el mismísimo Satanás.

—Te equivocas, Fredie —masculló el representante de la ley—. Ni toda la corte infernal hubiera sido capaz de semejante obra. Ven...

Un agente uniformado permanecía al final del corredor.

Pálido.

Sudoroso.

—¿Se encuentra bien, Curtis? —interrogó el sheriff.

El agente asintió.

Con un movimiento de cabeza.

Incapaz de articular palabra.

Fredie McKern no llegó a cruzar el umbral de entrada a la habitación. Se detuvo bajo el marco. Como paralizado por un invisible rayo. Movió los labios. Como queriendo hablar, pero tampoco brotó sonido alguno de su garganta.

Acusó un súbito y envolvente escalofrío.

Horrorizado por la macabra escena que se ofrecía ante sus ojos.

La estancia era amplia. Dos camas, armarios abatibles, paneles aislantes en las paredes y contiguo cuarto de baño compacto.

En el camastro de la izquierda estaba Albert Stanton.

Lo que quedaba de él.

Sí.

Aquello era Albert Stanton.

Tenía los ojos reventados. Salidos de las órbitas. La boca desencajada. En atroz mueca. Ensangrentada. Desgarrada la comisura de los labios. Los orificios nasales agrandados. Como si hubieran perforado en ellos con un taladro. Al igual que en las orejas.

Un cuerpo bañado en sangre.

A su lado estaba Nancy.

Desmembrada.

Como si cuatro salvajes caballos hubieran tirado de sus brazos y piernas.

Y Judith.

En el otro lecho.

En aún más horripilante espectáculo. El cuerpo femenino tatuado por infinidad de pequeñas cicatrices circulares. Por extrañas manchas redondas en pecho, vientre y muslos. El cuerpo de Judith acartonado. Ajado. Como si le hubieran vaciado hasta la última gota de sangre.

McKern giró.

Con brusquedad.

Con los ojos cerrados y fuertemente apretadas las mandíbulas.

—¿Comprendes ahora, Fredie? —musitó Dabney Higgins, con voz apenas audible—. No puedo permitir que sean fotografiados los cadáveres o filmados por cámaras de televisión. El pánico se extendería por Langesville. Esto no son unos asesinatos vulgares. Creí haberlo visto todo, pero estaba equivocado. Los Caníbales, Los Infernales del Asfalto, Los Angeles Negros... Ni el más sangriento de los grupos salvajes que pululan por Nevada será capaz de semejante orgía. Parece obra de bestias inhumanas.

McKern extrajo la cajetilla de tabaco.

Con temblorosas manos encendió un cigarrillo.

—¿Dónde... dónde están Gary Salkow y Lee Waterson?

—Desaparecidos. He dado orden de busca y captura contra ellos.

Fredie McKern parpadeó.

—¿Imaginas...? ¿Crees que ellos...?

—¡Maldita sea! ¡No lo sé! ¿Qué diablos puedo pensar? Sólo sé que Salkow y Waterson no se encuentran aquí. Han desaparecido. No hay rastro de ellos.

—Ayer, cuando acudí en busca de Nancy, estaban aquí. Los dos. Hablé con ellos. Conectaban el robot surtidor y se disponían a retirarse a dormir. Conozco a Gary y Lee. Todos en Langesville les conocemos. Son dos grandes tipos. Dos hombres buenos incapaces de...

—Sí, sí... Lo sé, pero... ¿dónde están? Me consta que son incapaces de semejante masacre, pero debo dar con ellos para que aporten algún dato de lo ocurrido.

—Las chicas... las tres...

El sheriff endureció las facciones.

Asintió.

—No te equivocas, Fredie. Fueron violadas. Así lo ha determinado el forense en una primera apreciación. Pronto se procederá al levantamiento de los cadáveres. Espero que la autopsia nos proporcione algún dato de interés. Esas manchas, esos pequeños círculos en el cuerpo de Judith... También resulta extraño lo de Albert Stanton. Y no me refiero a su espantosa muerte. A primera vista, parece indicar que fue él quien violó a Nancy; sin embargo...

—Es como si a Albert le hubieran puesto un cartucho de dinamita en el estómago.

—Sí, muchacho... Alucinante. ¿A quién nos enfrentamos? Albert Stanton no puede ser culpable. Trató de defenderse. Hemos encontrado tras el mostrador su rifle «Marvel». Con sus huellas recientes. Disparó el arma, Fredie.

—Con un «Marvel» es difícil fallar.

—Pues de poco sirvió a Albert. ¿Ayer, al acompañar de regreso a Nancy, entraste en The Clover?

—No. Me despedí de ella junto al robot-surtidor.

—Los asesinatos se cometieron entre las diez y las once de la noche. Sarah Stanton fue la primera en morir. Luego le siguieron Nancy y Judith. Esta última sufrió una larga agonía. Así lo ha determinado el sensor médico.

—Me separé de Nancy alrededor de las diez. Puede que faltaran pocos minutos. Tal vez, cuando entró en The Clover, ya estaban esperando los asesinos. ¡Cielos!... De no haber sido por aquella estupidez...

—¿A qué te refieres?

McKern mesó con la zurda los cabellos.

Nerviosamente.

—Una tontería de Nancy. Ya sabes cómo era ella. Ingenua, soñadora, fantasiosa... Estábamos en Small Lake. Imaginó ver algo en el cielo. Algo que la asustó. Un OVNI.

-¿Un OVNI?

Fredie McKern esbozó una amarga sonrisa.

—Sí, Dabney... Un OVNI. Traté de convencerla de lo absurdo de su afirmación. No lo conseguí. Nancy estaba verdaderamente asustada. Era tal su nerviosismo que decidí por regresar. De haber seguido a mi lado...

—Un OVNI...

McKern entornó los ojos.

Fijos en el sheriff.

—¿No estarás pensando...? ¿No creerás que hemos sido invadidos por extraterrestres?

El sheriff sacudió la cabeza.

Enfrentando su mirada a la de McKern.

—No... Por supuesto que no, sin embargo... ¿puede un ser humano capaz de cometer semejantes crímenes?

CAPITULO VIII

Kathleen Fox inclinó la cabeza.

Incapaz de enfrentarse a los lujuriosos ojos de Bruce Resnick.

La mirada del individuo era insolente. Marcadamente soez. Centrada en los pechos femeninos.

Kathleen, en verdad, era digna de ser admirada. Algo fabuloso. Un monumento. Ochenta y seis de busto, cincuenta y ocho de cintura y noventa y uno de cadera. Con un peso de cincuenta y dos kilos y una altura de uno setenta.

Lucía un ceñido vestido en sedosa y dorada fibra sildorex. Un modelo que acentuaba aún más la perfección del cuerpo femenino.

El rostro de Kathleen atractivo. De carnosos labios y pómulos seductoramente gatunos.

—Dudo que McKern pueda recibirle, señor Resnick.

Bruce Resnick sonrió.

De nuevo sus lascivos ojos devoraron el cuerpo de la muchacha en rápida mirada.

—¿Señor Resnick? Por favor, Kathleen. Nos conocemos hace tiempo. Desde que empezaste a trabajar en el Lange Post. Debes tutearme.

—Precisamente por eso, señor Resnick. Le conozco bien.

El individuo volvió a sonreír.

Ahora más abiertamente.

—Creo que... ¡Fredie! ¡Fredie!

Por una puerta vidriera había visto pasar a McKern.

Corrió tras él.

Dándole alcance cuando ya se introducía en uno de los tubo-elevadores del edificio del Lange Post.

—¿Abajo, Bruce?

—¡Maldita sea, Fredie! —jadeó Resnick, acusando la carrera—. ¿Qué diablos ocurre aquí?

—¿Aquí? Nada, Bruce. El Lange Post siempre ha sido una balsa de aceite. Lo contrario a tu estación de enlace con la III Nevada Televisión. Allí siempre hay conflictos. La mayoría de ellos originados por un tal Resnick. ¿Qué se te ha perdido en Lange Post?

—No te hagas el idiota, Fredie. Quiero saber lo ocurrido en The Clover.

—Te hacía mejor informado, Bruce. La noticia ya es del dominio público. No se habla de otra cosa en Langesville. Los Stanton han sido asesinados. Junto con Nancy y Judith. Se dan por desaparecidos a Gary Salkow y Lee Waterson. Eso es todo.

—¡Y un cuerno! El sheriff no ha permitido que se tomara fotografía alguna, ¿por qué?

—Pregúntale a Dabney.

El tubo-elevador se detuvo en la planta baja.

El periodista hizo ademán de salir, pero Resnick le cerró el paso.

—Te pregunto a ti, Fredie. Tú entraste en la casa.

—Déjame pasar, Bruce. Apártate… o te aparto de un trallazo.

Resnick se hizo a un lado.

Fredie McKern abandonó a grandes zancadas el edificio del Lange Post. Cruzó la calzada hacia el parking.

Al abrir la portezuela del Dickens, fue nuevamente alcanzado por Resnick.

—Oye, Fredie… Entre colegas debemos ayudarnos. La III Nevada Televisión me tiene aquí olvidado. Mis emisiones son recibidas en Central, pero en contadas ocasiones son programadas. Se enlatan o destruyen. No hay noticias de interés que ofrecer, Fredie. Tú has entrado en The Clover y…

—Nada tengo que decirte, Bruce.

—Espera… Tengo una primicia, Fredie. Me ha sido comunicada por uno de los ayudantes del forense. En una de las secciones de Medicina Electrónica del Centro Salubridad Langesville se ha realizado la autopsia de los cadáveres. Se ha demostrado, sin duda alguna, que

Albert Stanton violó a Nancy. ¿Qué me dices a eso? Albert Stanton es también una de las víctimas. ¿Cómo pudo…?

—Adios, Bruce.

McKern inició la marcha.

Con brusquedad.

Bruce Resnick se apartó ante la rápida salida del Dickens.

Las obscenas maldiciones del individuo fueron audibles para Fredie McKern, pero no les prestó atención. La mente del periodista estaba ocupada por otros pensamientos.

Circuló por la Down Avenue.

La longitudinal calle que dividía en dos la ciudad.

El día ya había dejado de ser gris dando paso al sol que ahora brillaba en lo alto del horizonte.

El Dickens se alejó del centro urbano hasta alcanzar Barrio Scott. Ya en las afueras de Langesville. Enfiló por la carretera de Small Hill. Poco más tarde se desviaba por una bifurcación.

A la izquierda, en la carretera, quedaba The Clover. Visible desde el ramal. Dos coches de la policía local en la cuneta. Y varios agentes uniformados controlando todavía la casa.

El camino seleccionado por Fredie McKern conducía a un lujoso bungalow cercado por frondoso y bien cuidado jardín.

McKern estacionó frente al porche de entrada a la casa.

Apenas descender del vehículo se abrió la puerta del bungalow.

Y una muchacha corrió a abrazarse a McKern.

—¡Fredie!… ¡Oh, Fredie!…

—Goldie… ¿qué te ocurre? Estás temblando…

En efecto.

El cuerpo femenino temblaba en brazos de McKern. Este separó a la joven atenazándola por los hombros. Reflejándose en los verdes ojos de Goldie. Unos ojos nublados por el llanto. Los labios trémulos. En su bello rostro de perfecto óvalo una expresión de angustia.

—Fredie...

—Cálmate, pequeña...

Goldie asintió.

Con repetido movimiento de cabeza.

Fredie McKern abarcó el rostro femenino entre sus manos. Besó los temblorosos labios de Goldie para acto seguido dedicarle una animosa sonrisa.

—¿Te encuentras mejor?

La muchacha volvió a mover la cabeza mientras que forzaba una sonrisa.

Penetraron en la casa.

—Bueno, Goldie. Aquí estoy. A los pocos minutos de recibir tu llamada telefónica. Mencionaste a la señora Harrison. No te entendí muy bien. Estabas demasiado nerviosa y...

—No es asunto para bromear, Fredie. Estoy asustada.

McKern, con un vaso de whisky en la diestra, se dejó caer en uno de los sillones que adornaban la estancia.

—Adelante, Goldie. ¿Qué ha ocurrido?

—Fue esta mañana. A primera hora. Yo ya me había percatado del número de autos que acudían a The Clover. También conocía lo ocurrido por un boletín de noticias escuchado por radio. Por supuesto nada comenté con la señora Harrison. No se había enterado del horrible suceso. Hace poco más de una hora salimos al jardín. La riada de vehículos ya había cesado en su morboso peregrinar a The Clover. La señora Harrison, como todos los días, acudió al invernadero. Yo estaba en la casa. Preparando el almuerzo. Ya sabes que la señora Harrison requiere un régimen de alimentación especial. De súbito me sobresaltó su grito. Un grito espantoso... Salí corriendo...

Goldie hizo una pausa.

Entrelazó las manos.

Una y otra vez.

Prosiguió con voz entrecortada:

—No encontraba a la señora Harrison... Se había adentrado en el jardín. De seguro siguiendo a alguna mariposa para su colección. Guiada por sus desgarradores gritos la encontré al final del jardín. En el lado posterior del palomar. Con el rostro desencajado por el terror. Aseguraba... aseguraba haber visto a un monstruo. A un monstruo de dos cabezas.

McKern sonrió.

—Un monstruo de dos cabezas, ¿eh?

—Aún no he terminado, Fredie. Procuré tranquilizar a la señora Harrison. Jamás la había visto así. Y conozco bien a la señora Harrison. Soy su enfermera desde hace más de cinco meses. No me gusta proporcionar sedantes, pero me vi obligada a ello. No había forma de calmarla. Después de dejarla en su habitación, salí al jardín. Sin comprender lo que había llegado a asustar de tal manera a la señora Harrison.

—Su propia imaginación.

—No, Fredie. Eso creí yo, pero no era así. Conoces la torreta del palomar, ¿verdad? Subí a echar un vistazo. Intrigada por el silencio. Ningún ruido, Fredie. Las palomas no hacían ningún ruido alguno. Y al abrir la portezuela... Dios mío... Fue horrible. Las palomas... todas las palomas... destrozadas, Fredie... Muertas a dentelladas.

—Algún animal que...

—Pude verlo, Fredie —interrumpió la muchacha, con trémula voz —. Desde allí, desde lo alto del palomar, se ofrece una panorámica del valle. Fue en el prado existente tras The Clover. En la explanada. Allí estaba.

—¿El qué?

Goldie tragó saliva antes de responder.

—El OVNI.

* * *

Fredie McKern descendió del palomar.

Procuró que la expresión de su rostro no delatara la escena presenciada. Un espectáculo macabro. Las palomas desangradas. Muertas. Destrozadas a mordiscos.

—No hay duda, Goldie. Las palomas fueron atacadas por un animal.

—¿Qué me dices del OVNI? —preguntó la joven, con la palidez de la azucena cubriendo su rostro—. No fue una ilusión óptica. Surgió de súbito sobre la explanada. De forma elíptica. Plateado. Con cuatro relampagueantes luces…

McKern sintió un escalofrío.

La descripción de Goldie estaba coincidiendo con la de la infortunada Nancy.

—Oye, Goldie…

—No, Fredie. Sé lo que vas a decirme. ¡No fue producto de mi imaginación! Cierto que me aterrorizó lo de las palomas, pero no hasta el extremo de originarme fantasmales visiones.

—¿Qué ocurrió con… con el OVNI?

—Desapareció.

—Quieres decir que se elevó al cielo y desapareció, ¿no es eso?

La palidez se acentuó en Goldie.

Denegó con nervioso movimiento de cabeza.

—Me consta que esto hace aún más irreal mi historia, Fredie; pero lo cierto es que el OVNI desapareció. No se elevó. Desapareció allí. Sobre la explanada. Se hizo invisible ante mis ojos. No me crees, ¿verdad?

McKern tendió su mano hacia la muchacha.

—Vamos.

—¿Dónde, Fredie?

—A la explanada. Todo esto debe tener una explicación.

—¡Oh, Fredie! Te agradezco que no me trates como a una niña fantasiosa y asustadiza.

—Sé que no eres una niña, Goldie; sino una mujer inteligente. Una

mujer que no se deja impresionar con facilidad. Lo has demostrado en más de una ocasión. Y no me refiero a tu comportamiento durante el terremoto de 1999 en California. Para la obtención de tu título de enfermera en Medicina Electrónica has pasado por rigurosas pruebas. Con Nancy sí me equivoqué.

—¿Nancy? ¿Te refieres a Nancy Fox? ¿La del Clover?

—Sí. Ayer noche estuve con ella. En Small Lake. Me burlé de Nancy. Incluso me despedí irritado. Nancy afirmaba haber visto un OVNI. Con una especie de planeador circular, plateado, con cuatro luces destellantes...

—Dios mío...

No intercambiaron ninguna otra palabra.

Descendieron la colina.

Hacia la explanada situada a espaldas de The Clover. Una zona de verde zacatón y variedad de árboles frutales. Distante de la carretera y del snack-gasolinera.

—¿Allí, Goldie?

—No... más hacia el norte. Casi junto a aquellos matorrales del fondo. Cerca del...

Goldie se interrumpió.

De entre unos árboles había surgido Dabney Higgins.

Con su gris uniforme, el sombrero de ala ancha y el distintivo de sheriff brillando al sol.

—¡Infiernos, Dabney! —exclamó McKern—. Buen susto me has dado. ¿De dónde sales?

El sheriff Higgins tenía el pulgar de la mano derecha engarfiado en la hebilla del cinturón canana.

—Eso pregunto yo, Fredie. ¿Qué hacéis por aquí?

—Ahora te lo contaré todo, Dabney. Vamos a echar un vistazo a cierta parte del prado. Quiero que...

—¡Quieto!

McKern parpadeó.

Estupefacto.

El sheriff había llevado su diestra hacia el revólver. El reglamentario doble fuego ZAS-2. Lo desenfundó encañonando a McKern y Goldie.

—¿Te has vuelto loco, Dabney? ¿Qué significa…?

Higgins movió el cilindro del revólver.

De la posición de disparo insensibilizador pasó a la de fuego mortal.

—Muy sencillo, Fredie. Vas a morir. Tú y Goldie.

Dabney Higgins alargó el brazo derecho.

McKern reaccionó.

No comprendía aquella locura de Higgins, pero tenía que evitarla. Empujó a Goldie al suelo a la vez que se lanzaba contra el sheriff.

En acrobático salto.

La zurda de McKern sujetó la muñeca derecha del sheriff desviando el cañón del revólver. Los dos hombres rodaron por el suelo. Fredie McKern proyectó su puño sobre el rostro de Higgins. Con violencia. Un trallazo que no pareció ser acusado por el representante de la ley.

Dabney Higgins consiguió zafar su muñeca derecha.

La ladeó hacia McKern.

Rodaron nuevamente por el suelo.

El revólver entre ambos.

Sonó un disparo.

Fredie McKern quedó inmóvil. Con ambas manos aferrando la diestra de Higgins. El cañón del ZAS-2 pegado al pecho del sheriff. Se había dibujado un negruzco orificio en la gris chaquetilla. Chamuscada la tela por el disparo.

Y Higgins comenzó a reír.

En satánica carcajada.

Empujó a McKern para sacárselo de encima.

—¡Ahora es mi turno, Fredie! ¡Yo sí te enviaré al infierno!

McKern, aunque aturdido por la sorpresa, no soltó la diestra del sheriff. La aferró con más fuerza. Doblando de nuevo la muñeca y pegando el cañón al pecho de Higgins.

Volvió a accionar el disparador.

Una y otra vez.

Cada detonación era acompañada por una sonora carcajada de Dabney Higgins. Sin acusar las mortíferas descargas. Era ya un boquete lo que aparecía en su pecho. Sin que manara una sola gota de sangre.

Los repetidos fogonazos del revólver prendieron fuego en la chaquetilla del sheriff.

Aquello sí le borró la sonrisa.

—No… ¡No!

Fredie McKern se había incorporado.

Aterrado.

Contempló como Dabney Higgins trataba de apagar las llamas. Sin conseguirlo. Comenzó a arder como una tea. Convertido en una antorcha humana que de inmediato quedó en cenizas.

Ante la estupefacta y horrorizada mirada de Fredie McKern y Goldie.

La muchacha se abrazó a McKern.

Balbuceó temblorosa.

—Fredie…

McKern retrocedió.

Sin soltar a Goldie.

—Vámonos de aquí, Goldie… tenemos… tenemos que comunicar lo ocurrido…

La joven asintió.

Sin conseguir articular palabra.

Corrieron por el herbazal.

Hacia la carretera.

Un coche de la policía de Langesville acudió hacia ellos. Campo traviesa. Se detuvo con estridente chirriar.

McKern se precipitó hacia el vehículo.

Jadeante.

Se abrió la portezuela delantera del auto.

—¿Ocurre algo, Fredie?

McKern frenó en seco su carrera. Como si hubiera recibido un martillazo en la cabeza. Sintió que las piernas le flaqueaban a la vez que un escalofrío le recorría la espalda. Movió los labios. Pugnando por hablar. Sin que sonido alguno brotara de su garganta.

Sólo se limitó a contemplar con alucinados ojos a Dabney Higgins.

El sheriff le sonreía desde el interior del vehículo.

CAPITULO IX

Bruce Resnick tenía varios contactos en el Centro Salubridad Langesville. Individuos con fácil acceso a la sala de computers y que podían informar de los recientes datos suministrado al ordenador central procedentes de Medicina Electrónica. Ya se conocían los informes de las autopsias.

Y habían sido comunicados a Resnick por uno de aquellos individuos sobornables.

Bruce Resnick sonreía feliz.

Por primera vez no lloraba el dinero pagado a un confidente. Lo grabado en el video-audio de su teléfono era auténtica dinamita. Algo que de seguro no sería enlatado por la III Nevada Televisión. Iba a ofrecer un reportaje a gusto del público. Con todos los ingredientes para el telespectador ávido de morbosidad.

Sexo, violencia, sangre, muerte… y misterio.

Todo eso se encerraba en los asesinatos de The Clover.

Bruce Resnick se reclinó en el abatible vibrasiento de su despacho. Cerró los ojos. Manteniendo la sonrisa en el rostro. Mentalmente estaba tramando la historia que pensaba plasmar en imágenes. Ya había citado a Douglas y Barby. Dos de sus cameramans. Acudirían a las ocho. Y los tres emprenderían camino hacia The Clover.

Sí.

Resnick quería filmar en la noche.

Aproximadamente en las horas en que se cometió la sangrienta orgía.

Aquello proporcionaría una atmósfera más tenebrosa a su filmación. Dado que no podía mostrar fotografías de los cadáveres, sí ofrecería una amplia panorámica del lugar de los hechos. Acentuada por su narración. Con todo lujo de detalles morbosos.

Y tenía un buen repertorio.

Alucinante.

Albert Stanton violó a Nancy. Brutalmente. Con un sadismo

infernal. Repetidamente. La joven murió por fallo cardíaco. Originado por el fuerte shock.

En cuanto a Albert Stanton..., no se había logrado determinar con rigor las causas de su muerte. De su horrible muerte. Interiormente destrozado. Como si un río de fuego le hubiera recorrido las entrañas para luego salir reventándole los ojos, la nariz, la boca...

Más enigmático era lo de Judith. Totalmente desangrada. Como atacada por una legión de malignos vampiros. El cuerpo femenino plagado de diminutos círculos. Acusando un tipo de radiación desconocido, un rayo o partícula ionizante que ninguno de los detectores de Centro Salubridad Langesville había logrado identificar. También Judith había sido violada. Desgarrada salvajemente...

Bruce Resnick volvió a sonreír.

Iba a proporcionar a los teleadictos de III Nevada Televisión una espeluznante historia.

El llamador de entrada al apartamento hizo respingar a Resnick rompiendo el hilo de sus pensamientos. Arqueó las cejas a la vez que consultaba el digital de su reloj. Demasiado temprano para ser Douglas y Barby.

Se inclinó sobre la mesa de su despacho tecleando en el panel del microprogramador doméstico. Se iluminó una diminuta pantalla.

Resnick parpadeó.

Sorprendido.

Sonrió de oreja a oreja a la vez que se incorporaba del sillón. No sin antes pulsar el botón que abría la puerta del apartamento.

Acudió a grandes zancadas al living.

A tiempo de recibir a Kathleen.

Enfundada en su ceñido vestido sildorex. Seductora. Con una sensual sonrisa en sus gordezuelos labios.

—Gracias por recibirme, señor Resnick.

—No podía dar crédito a la imagen reflejada en el video del microprogramador. ¿A qué debo el honor, Kathleen? ¿Te envía Fredie?

—No...

El rostro de la mujer se ensombreció.

—¿Qué ocurre, Kathleen?

—¿Tiene… tiene algo de beber?

—¿Cómo?… Ah, sí… Por supuesto. Pasemos al salón… ¿Un brandy? Un brandy auténtico, Kathleen. Nada de artificial pócima.

—Sí, gracias…

Bruce Resnick sirvió dos copas de brandy.

Giró hacia Kathleen.

Y los ojos del individuo casi se salen de las órbitas.

Kathleen se había dejado caer sobre el semicircular sofá cruzando las piernas. La corta falda del vestido muy por encima de las rodillas. Mostrando los esbeltos muslos enfundados en oscuras medias de set-nylon.

Resnick ofreció una de las copas.

La muchacha bebió. Muy lentamente. Humedeciendo los labios. Sin apartar los ojos de Resnick. En insinuante y turbadora mirada.

Bruce Resnick sí vació su copa de un solo trago.

Se sentó junto a la mujer.

—¿Y bien, Kathleen?

—Ya no trabajo en el Lange Post, señor Resnick. He mantenido una pequeña discusión con Fredie y ha sugerido mi despido a la empresa.

—El muy…

—Quiero trabajar para usted, señor Resnick. Para la III Nevada Televisión. Le consta que tengo cualidades para ello, ¿no es cierto?

Resnick empequeñeció los ojos.

Había soñado muchas noches con aquel momento. Kathleen le obsesionaba. Le había enloquecido desde el primer momento.

Y ahora estaba allí.

Ofreciéndose insinuante.

Al menos ésa era la impresión de Resnick. Y quiso corroborarla.

Arrebató la copa de manos de Kathleen.

—Esas… esas cualidades debes demostrarlas, Kathleen. Todo el que trabaja para mí tiene que obedecerme ciegamente. En todo. ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí, señor Resnick.

—Empieza por llamarme Bruce.

—Sí…, Bruce.

Resnick ya no esperó más.

Enfebrecido por la pasión, por la proximidad de la mujer tanto tiempo deseada, se abalanzó bruscamente sobre Kathleen. Besando ávidamente los labios femeninos a la que prodigaba rudas y torpes caricias.

Bruce Resnick no pecaba de romántico o delicado.

Había reclinado a Kathleen sobre el sofá.

Sin despegar los labios de la mujer, aunque algo le hizo separarse de Kathleen. Dejó de acariciarla.

Fue el beso de Kathleen.

Los labios femeninos.

Bruce Resnick se separó levemente reflejándose en los ojos de la mujer. Unos ojos que habían adquirido un extraño brillo.

Los labios de Kathleen sonreían.

En demoníaca mueca.

—Kathleen…

—¿Sí, Bruce?

Resnick no supo qué responder. ¿Cómo decirle a Kathleen lo que había experimentado en aquel beso? Ni él mismo lo sabía. Era imposible de explicar. Una sensación… Fue como si besara a la muerte.

En efecto.

Bruce Resnick había acertado en su presentimiento.

Kathleen, sin dejar de sonreír, sin eclipsar aquel brillo de sus ojos, había alzado su mano izquierda.

Hacia el cuello de Resnick.

Y comenzó a apretar.

—Kathleen… Kath…

Bruce Resnick intentó zafarse. Desesperadamente. Braceó. Golpeó a Kathleen. Una y otra vez… Sin éxito. La zurda femenina parecía dotada de una fuerza sobrenatural. Y lo estaba demostrando con aquel crujir en el cuello de Resnick. Este ladeó la cabeza. Como un muñeco roto. Con los ojos desorbitados ya carentes de vida.

No pudo ver lo que sucedió a continuación.

Hubiera resultado muy traumatizante para Resnick.

Kathleen, su bella, adorada y soñada Kathleen, comenzaba a vomitar una extraña masa verdosa desencajando inverosímilmente la boca. También por la nariz. Y los ojos…

Sí.

Mejor que Bruce Resmick no contemplara todo aquello.

CAPITULO X

Goldie hubiera caído de no ser sostenida por Fredie McKern. Este, aunque con flaquear de rodillas, se mantenía en pie. Contemplando con alucinados ojos a Dabney Higgins.

—No… no es posible…

—¿El qué, Fredie? —sonrió Higgins, con la portezuela del auto entreabierta—. ¿Qué os ocurre?

McKern sacudió la cabeza.

Imaginando vivir una pesadilla.

—Oye, Dabney… Allí… a poco más de cien yardas… Junto a aquellos árboles… Un hombre… Eras tú, Dabney.

—¿Cómo que era yo? —rió ahora el sheriff en burlona carcajada—. Yo estoy aquí, muchacho.

—No comprendo... ese hombre... Era invulnerable a las balas y... yo...

—Suban. Vamos a echar un vistazo a mi sosias.

McKern y Goldie intercambiaron una mirada.

Aunque en el rostro de Goldie se acusaba una expresión de terror, fue ella la que inició el ademán de introducirse en los asientos posteriores del auto.

Fredie McKern la siguió.

El sheriff inició la marcha.

A gran velocidad.

—No aceleres tanto, Dabney —advirtió McKern—. Tienes que detenerte junto a aquellos árboles que...

El vehículo incrementó aún más la velocidad. Atravesando el prado como una exhalación. Y sin enfilar hacia los árboles señalados.

—¡Dabney...! ¡Maldita sea, Dabney...! ¡Vamos directos al barranco!

Dadney Higgins no respondió.

Se limitó a una estridente carcajada.

Tras la extensa explanada de zacatón, seguía una zona de accidentado terreno con profusión de rocas que terminaban en una pronunciada hendidura.

Y hacia el precipicio se dirigía el auto a gran velocidad.

Fredie McKern se abalanzó sobre el sheriff pugnando por desviar la dirección del volante, pero las manos de Higgins parecían engarfiadas. No cedieron lo más mínimo. Fue entonces cuando McKern se decidió por propinarle un mortífero golpe de karate. En el cuello. Un terrorífico «shofu» karateka capaz de ocasionar la muerte.

Dabney Higgins no lo acusó.

Continuó riendo en desaforada carcajada.

Ya a corta distancia del barranco.

—¡Hay que saltar, Goldie! —gritó McKern, abriendo la portezuela.

—No... Yo no...

Fredie McKern hizo caso omiso a las protestas de la joven.

No había tiempo para ello.

Terminó de abrir la portezuela tirando de Goldie. La abrazó. Protegiéndola con su cuerpo. La vertiginosa velocidad alcanzada por el auto les hizo rodar con violencia, aunque afortunadamente fue corto el recorrido. Quedaron frenados por unos altos arbustos.

Y el auto se precipitó al vacío.

McKern se incorporó torpemente.

Tendió sus manos hacia la muchacha.

—¿Te encuentras bien, Goldie?

—No… no lo sé… Creo que me duele todo el cuerpo…

—Tenemos que escapar de aquí, Goldie. Dabney conducía un Word-S. Un vehículo especial para la policía. Un modelo atérmano y que de seguro ha sufrido pocos daños en la caída.

—El impacto sí habrá acabado con… con…

—¿Con Dabney? ¿Era ese Dabney… o lo era… el otro?

—¡Oh, Fredie…! ¿Qué ocurre? ¿Cómo es posible que…?

—No lo sé, Goldie… ¡No lo sé! Pero tenemos que escapar antes de…

Una súbita llamarada se elevó al cielo. Silenciosamente. Un fogonazo que surgió del fondo del barranco.

McKern y la muchacha intercambiaron una atemorizada mirada a la vez que interrumpían su carrera.

—Espera aquí, Goldie.

—¡No, Fredie! ¡No vayas!

McKern corrió hacia el barranco.

Al fondo, entre rocas, estaba el Word-S. Envuelto en llamas. Convertido en un amasijo de retorcidos hierros.

La muchacha había acudido junto a McKern.

—Se ha incendiado al caer…

—No, Goldie. Ningún Word-S puede incendiarse por choque. Por

violento que resulte el impacto. Ni tan siquiera el hisohgol utilizado en el motor es fácil pasto de las llamas; sin embargo… Ahí lo tienes. Con su fuselaje supuestamente atérmano convertido en chatarra calcinada. Vamos a descender, Goldie. Ya no corremos peligro. Es de suponer que… que el segundo Dabney Higgins esté muerto. Las descargas de un ZAS-2 no le afectan. Ni los más demoledores golpes de karate…, pero sí el fuego.

—Tengo miedo, Fredie.

McKern sonrió.

Duramente.

—También yo, Goldie; pero es necesario enfrentarse a este enigma. Tal vez encontremos alguna pista entre los calcinados restos.

Bordearon el montículo hasta encontrar una zona de fácil descenso al barranco.

Llegaron al fondo de la hondonada.

Las llamas ya casi extinguidas. El fuego había sido rápido y voraz. También sus efectos. Del Word-S apenas quedaban unos retorcidos hierros.

—Dudo que podamos encontrar algo —murmuró McKern—. En cuestión de minutos ha quedado convertido en chatarra. Ni un rayo láser hubiera sido más eficaz.

—¿Puedo ayudarles en algo?

La voz había surgido a espaldas de McKern y Goldie.

Súbita.

Haciendo gritar a la muchacha que instintivamente se abrazó a McKern.

—Oh, disculpen… No he pretendido asustar a la señorita…

Fredie McKern contempló al individuo.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De rostro afable. Sienes nevadas. Con una cordial sonrisa en sus delgados labios.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

La dura y tensa voz de McKern no borró la sonrisa del individuo.

—Mi nombre es Colin Parton. Iba por la carretera de Brady Creek para enlazar con la de Langesville. Me pareció ver un fogonazo y descendí de mi auto. Han sufrido un accidente, ¿no es cierto? ¿Alguna víctima?

McKern forzó una sonrisa.

—No…, ninguna, Parton. Perdone mi rudeza. ¿Puede llevarnos a Langesville?

—Por supuesto.

Caminaron por el campo.

A poca distancia apareció el mencionado auto. Un compacto Salem de la Ford. En su versión wagon.

Colin Parton se situó frente al volante. McKern en el asiento contiguo, mientras que la muchacha se acomodó en la parte trasera.

Iniciaron la marcha.

Minutos más tarde el auto circulaba ya por la carretera que conducía a Langesville.

—¿Habitantes de Langesville?

—Sí, Parton.

—Cuentan con un buen corresponsal de televisión. Al menos el de la III Nevada Televisión. Está aterrando al mundo con su información en exclusiva.

—¿Bruce Resnick?

Parton esbozó una sonrisa.

—Ignoro su nombre, pero creo que aún sigue en antena. No hace más que repetir una serie de datos. Como un loro —Colin Parton conectó el autotelevisión—. Ahí le tienen.

En efecto.

En la minipantalla del auto apareció Bruce Resnick. También llegó su voz.

—…no hay explicación lógica, pero está sucediendo.

Los ICBM no funcionan. Repito. Los ICBM no funcionan. Los perfectos y sofisticados Intercontinental Ballistic Missiles están

bloqueados misteriosamente. Hablo de los Minuteman-X norteamericanos y de los SS-17, SS-18 y SS-X soviéticos. Al igual que todos los devastadores sistemas INF. Los Intermediate Range Nuclear Forces paralizados. Todas las fuerzas nucleares de medio y corto alcance silenciadas por una mano invisible y poderosa. ¿Por quién? ¿Qué paraliza a nuestro más moderno armamento bélico? No se trata de una acción rusa. También ellos sufren las consecuencias de este extraño fenómeno. Estamos a merced de un misterioso enemigo. Nada contamos para defendernos. Ni tan siquiera las armas portátiles nucleares funcionan. Estamos bajo el extraordinario poder de un enemigo que pronto se dará a conocer. Esta muestra de poder debe hacer recapacitar a los gobernantes de las grandes potencias. Es inútil toda resistencia ante un…

Colin Parton desconectó el televisor.

Sonriente.

—Un pesimista, ¿eh?

McKern y Goldie estaban sin habla.

Estupefactos.

Fredie McKern fue el primero en reaccionar.

—Eso… eso no puede ser cierto… Es imposible. Y me sorprende que la III Nevada Televisión permita el enlace de Resnick desde Langesville.

—Sí es cierto, McKern. Y no habla solo por la III Nevada Televisión. El tal Bruce Resnick está haciendo su arenga por todos los canales USA, Europa, África… Todas las emisoras de televisión mundiales, de todos los países, han sido invadidas por la programación de Resnick.

—No comprendo que… Un momento… ¿cómo sabe mi nombre?

—¿No me lo mencionó?

—No —respondió McKern, suspicaz.

—Una falta de cortesía por su parte, McKern —sonrió el individuo —; aunque no era necesaria. Le conozco. Al igual que a su encantadora compañera Goldie. No se inquieten. Tengo ciertos poderes… psíquicos. Puedo leer el pensamiento.

—No me convence su explicación.

Colin Parton sonrió.

—No tengo otra. Al menos de momento. Bien… Ya hemos llegado a Langesville. No conozco la ciudad. ¿Dónde está el edificio de Control Seguridad? Tengo que hablar con la policía.

—Casualmente ése es nuestro destino —dijo McKern, sin apartar su inquisitiva mirada del individuo—. Siga recto. Al llegar a aquella plaza, doble a la izquierda. Es Down Avenue. Allí está Control Seguridad.

Parton maniobró circundando el Lewis Center.

Fredie McKern se percató entonces del extraño anillo que lucía el individuo en el dedo índice de su diestra. Un sello ancho, desproporcionado, muy brillante, aunque no parecía de oro.

—Dios mío… No… No…

—¿Qué le ocurre, señorita? —interrogó Colin Parton.

Para Fredie McKern no fue necesario preguntar nada.

Descubrió lo que aterraba a Goldie.

También él comenzó a temblar.

En el edificio de Control Seguridad de Langesville. A la entrada. Allí estaba, con su distintivo al pecho, el sheriff Dabney Higgins.

CAPITULO XI

Colin Parton no se detuvo frente a Control Seguridad. El Salem siguió por la Down Avenue para doblar por la primera de las bocacalles.

Entonces sí frenó el vehículo.

Fijó la mirada en McKern.

—¿Qué ocurre, McKern? ¿Por qué se han sobresaltado?

—No... no lo comprendería...

Goldie sollozaba en el asiento. Moviendo repetidamente la cabeza. Con el rostro oculto entre las manos. Dominada por los nervios.

—Tal vez lo comprenda, McKern —dijo Parton.

—¿De veras? Ese que estaba en la puerta de Control Seguridad era Dabney Higgins. El sheriff de Langesville. El jefe de la policía local.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Oh, nada... Sólo que Dabney Higgins conducía el auto que se calcinó en el barranco; pero había otro Higgins más. Otro al que yo vacié el cargador de un ZAS-2. Sin hacerle el menor daño, aunque los fogonazos prendieron fuego en su ropa convirtiéndole en cenizas. ¿Comprende ahora, Parton? Es muy sencillo. Tres Dabney Higgins. ¿Cuántos más hay? ¿Diez? ¿Veinte?... ¿Acaso se reproducen?

—Tranquilo. Me considera un loco, ¿no es eso?

—En absoluto. Su compañera necesita atención médica, McKern. Está próxima a un ataque de histeria. Vamos a llevarla al Centro Salubridad. Luego, tú y yo decidiremos un plan de acción.

McKern parpadeó.

Intrigado por el comportamiento del individuo.

No parecía haberle impresionado en lo más mínimo la fantástica historia de los tres Dabney Higgins. Tampoco en su voz delataba la menor emoción.

—Me pareció haber visto el Centro Salubridad en el Lewis Center... ¿me equivoco, McKern?

—No.

Colin Parton maniobró dando marcha atrás. Adentrándose de nuevo en la Dowan Avenue y dirigiéndose al Lewis Center.

Poco más tarde el auto estacionaba en el multiparking del Centro Salubridad Langesville.

—Te espero, McKern. No te demores. Es conveniente que Goldie quede internada.

Fredie McKern asintió.

Ciertamente la muchacha parecía cercana al ataque de nervios. No dejaba de temblar y murmurar ininteligibles palabras. Ayudada por McKern descendió del vehículo. Se encaminaron hacia una de las plataformas deslizantes de acceso al centro sanitario.

Fredie McKern retornó a los quince minutos.

—Disculpe, Parton. He tenido que dar un aviso al servicio de asistencia. Goldie es enfermera de una tal señora Harrison. La pobre mujer quedó bajo los efectos de un narcótico. Si despierta y se encuentra sola volvería a sufrir la pesadilla del monstruo de dos cabezas.

—¿Monstruo de dos cabezas?

McKern forzó una sonrisa.

—Una alucinación. Creyó haber visto a un monstruo de dos cabezas.

—Ah, ya... De seguro se trataba de Moffsthow.

—¿Cómo dice?

—Sube, McKern. Tenemos mucho trabajo. ¿Dónde vive Bruce Resnick?

—En el 771 de Chong Road. Casi al final de la Down Avenue. Una bifurcación del Alamo Park.

—Perfecto. Tenemos que hablar con él.

—¿Con Resnick? Estará en la estación enlace de la III Nevada Televisión. Si conectamos su autotelevisión.

—No te molestes, Fredie —sonrió Parton, iniciando la marcha del

vehículo—. El que esté hablando por televisión nada significa. Hay otro Bruce Resnick. Tres para ser exactos. Tres, ¿cómo se dice aquí? ¿Zombies? Sí, eso. Tres muertos vivientes fiel réplica del verdadero Resnick.

—¿Se burla de mí?

—¿Burlarme? Por favor… ¿Acaso no has visto tú tres sheriff?

—¡Maldita sea! ¿Quién es usted?

—Vamos a tutearnos, Fredie. Soy… mucho mayor que tú. Llámame Colin. Quiero ayudarte. A ti… y a tu planeta.

—¿Mi planeta? ¿Acaso no es también el tuyo?

Parton volvió a sonreír.

—No, Fredie. Yo no soy terrícola.

McKern se reclinó en el asiento. Cerró los ojos. Un instante. Rebuscó por los bolsillos hasta dar con la cajetilla de tabaco.

—¿Fuman los marcianos?

—No, muchacho —rió Colin Parton—. Y no soy… marciano. No pareces muy sorprendido por mi confesión de extraterrestre.

—Creo que ya nada puede sorprenderme.

—No estés tan seguro, Fredie. Aquello debe ser Alamo Park… ¿No? Correcto. Ya diviso Chong Road.

Parton giró el volante.

Adentrándose por Chong Road y deteniéndose frente al 771. Un edificio colmena con tubo-elevadores exteriores de emergencia.

Colin Parton abrió uno de los compartimientos del salpicadero.

—Toma, Fredie. Puedes necesitarla. Una WRST-HM. Una pistola… marciana.

McKern tomó el arma entre sus manos. Contemplándola con incrédulos ojos. Una especie de cilindro segmentado, luminoso, con culata ovalada y un resorte en la parte superior. En el último segmento del cilindro.

—Yo… Yo no…

—Sólo tienes que presionar en ese pequeño saliente. Te resultará algo difícil con una sola mano, pero puedes utilizar la otra. ¿Cuál es el apartamento de Bruce Resnick?

—En… en el piso nueve. Apartamento 936-AU.

—En marcha, Fredie.

Parton descendió del vehículo.

Y Fredie McKern le siguió como un autómata. Perplejo. Aturdido por todo aquello.

Penetraron en el edificio.

Uno de los elevadores les depositó en la planta nueve. Avanzaron por el largo corredor en forma de U. Ahora era McKern el que caminaba primero. Se detuvo frente a una puerta blindada señalizada con las siglas 936-AU.

Giró hacia Parton.

—Antes de llamar quiero…

—¿Llamar? No es prudente, Fredie.

—No se puede entrar sin conocer la combinación del cierre y…

McKern enmudeció.

Agrandó los ojos.

Colin Parton se había abierto la chaqueta y tirando del zipper de la camisa. Descubriendo en el pecho una especie de coraza. Un tornasolado peto de infinitos puntos lumínicos, de multicolores discos, de diminutos artefactos de mecanismo astral.

La diestra de Parton se posó sobre el giratorio pomo de la puerta. Maniobró. Una fracción de segundo. Dando dé inmediato con la combinación que franqueó la blindada puerta.

—Adentro, Fredie.

McKern volvió a obedecer como un autómata.

Penetraron en el apartamento.

Fue en el salón casi comunicante con el living. Allí estaban los cuatro hombres. Rodeando una mesa. Y sobre la tabla un artefacto discoide con un zigzageante saliente tubular.

McKern palideció.

Dos de aquellos hombres…

Bruce Resnick y su doble.

Los cuatro hombres también parecieron perplejos por la súbita visita. Y reaccionaron. Llevando su diestra a la axila izquierda. Empuñando un arma similar a la empuñada por Fredie McKern.

No llegaron a disparar.

Colin Parton se adelantó a ellos.

De aquella fantástica coraza, de uno de sus rutilantes discos, surgió el rayo sulfúreo. Como un látigo de fuego manejado por el mismísimo Satanás. Envolviendo a los cuatro individuos. En voraz llamarada. Sus siluetas destellaron fugazmente para acto seguido convertirse en cenizas.

McKern, aunque alucinado por el espectáculo, se percató de los precipitados pasos por el corredor.

Y giró con rapidez.

A tiempo de ver a los dos individuos que portaban extrañas armas en sus manos.

Fredie McKern apoyó la zurda sobre el resorte de la WRST-HM. Empuñándola con la mano derecha. Instintivamente cerró los ojos ante la bocanada de fuego que brotó del cañón. Una mortífera llamarada que desintegró a los dos hombres.

—Perfecto, Fredie —felicitó Parton—. Puede que ya estén todos. Dame la pistola.

McKern estaba pálido.

—Dios mío… Les he desintegrado… Uno de ellos… uno de ellos era John Bancroft. Le reconocí. Uno de los encargados de la vigilancia en el edificio. He matado a…

—No has matado a nadie, Fredie. Esos hombres ya estaban muertos.

—No… no comprendo…

—Ni hay tiempo para explicaciones —dijo Parton, secamente—. Retrocede. Ocúltate tras de mí.

—Pero…

El sonido procedió del fondo del corredor.

Un extraño chasquear.

Cada vez más cercano.

Apareció bajo el umbral de entrada al salón.

Ante los aterrados ojos de McKenr.

Sí.

Allí estaba el monstruo de las dos cabezas.

* * *

Moffsthow rugió. Por sus dos cabezas lobunas brotó el infrahumano sonido. Comenzó a agitarse ante la presencia de Colin Parton. Al contemplar aquella coraza destellante.

Parton alargó el brazo derecho.

Del anillo, de aquel ancho y desproporcionado sello, surgió dos zigzagueantes líneas de nívea luz. Envolviendo a Moffsthow. Como en una visible aurea.

Y ante los espantados ojos de McKern, aquella monstruosa criatura empezó a decrecer.

A empequeñecer.

Sin dejare de agitarse.

Los dos relampagueantes rayos de blanca luz fueron reemplazados por un foco cegador. Un faro opalescente que brotó igualmente del mágico anillo.

Y Moffsthow desapareció.

Colin Parton desvió el foco de luz hacia el artefacto depositado sobre la mesa. También se volatizó.

El anillo eclipsó su cegador destello. Diferentes discos y mecanismos de la coraza se oscurecieron también.

—Bueno, Fredie… Ya no existe peligró. Moffsthow ha sido

trasladado al navío espacial. Un sencillo método reductor y de teleportación. Allí están también sus dos compañeros Wultha y Kronik. La Tierra vuelve a recuperar su… potencial bélico. Ya sin problemas de funcionamiento.

—Pero… no comprendo…

Parton sonrió.

—Antes de marchar te daré una pequeña explicación. Procedo de un planeta llamado Shirka. No te importe saber dónde se encuentra, dado que los terrestres jamás llegarán hasta allí. Ni tan siquiera con la imaginación. Moffsthow, Wultha y Krohik fueron expulsados de mi planeta. Se habían vuelto demasiado peligrosos. Fueron introducidos en un navío espacial pilotado por un perfecto robot. El destino… cualquier galaxia fuera del sistema planetario de Shirka. Moffsthow, Wultha y Krohik llevaban vagando por el espacio cientos de años. El robot, un perfecto ingenio de inteligencia superior, buscaba un lugar adecuado para depositar a los tres desterrados. Fue entonces cuando sucedió lo imprevisto. Algo fuera de toda lógica. Una avería en el robot que le obligó a tomar tierra en un planeta rojizo.

—¿En…, en Marte?

—Correcto, Fredie. Y allí estaba el Cyclops-V. Deduzco que los dos cosmonautas terrestres penetraron en el navío y provocaron inconscientemente la salida de Moffsthow, Wultha y Krohik. Con fatales consecuencias. Fueron exterminados junto con el Cyclops-V. Moffsthow y sus dos compañeros pilotaron el navío rumbo a la Tierra. Con la intención de hacerse dueños del planeta.

—Estoy… estoy aturdido…

—Ya todo ha terminado, Fredie. Afortunadamente fue detectada la anomalía en el navío. Yo soy el comandante de una plataforma volante en permanente vigilancia por el espacio. Acudí aquí. Con la misión de cazar a los tres evadidos y recuperar el navío.

—Ese OVNI que Goldie…

—Oh, no… Eso que contempló Goldie era vulgar planeador espacial. El navío cuenta con una flotilla de ellos. Moffsthow, Krohik y Wultha utilizaron uno para descender a la Tierra. El navío quedó flotando fuera de la órbita terrestre. Tenían idea de ir montando destructoras armas que dominarían la Tierra, neutralizando el potencial bélico terrícola. Todo ello ya ha retornado al navío espacial. Mi misión ha terminado. Sólo lamento las muertes causadas

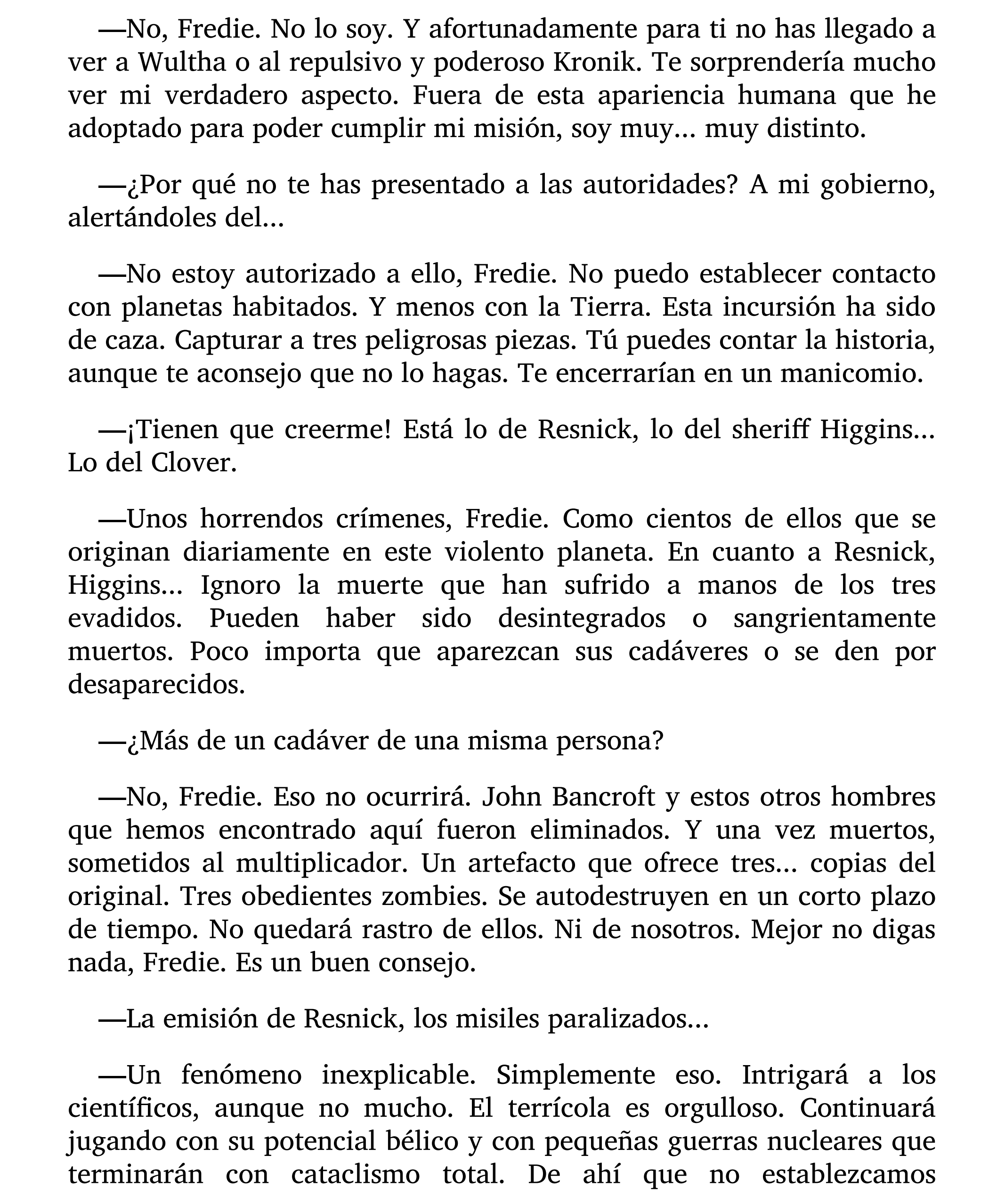
por los tres evadidos.

—Proceden de tu planeta, ¿no es eso?

—En efecto.

—Entonces… entonces tú… tú eres como ellos…

Parton rió en sonora carcajada.



—No, Fredie. No lo soy. Y afortunadamente para ti no has llegado a ver a Wultha o al repulsivo y poderoso Kronik. Te sorprendería mucho ver mi verdadero aspecto. Fuera de esta apariencia humana que he adoptado para poder cumplir mi misión, soy muy… muy distinto.

—¿Por qué no te has presentado a las autoridades? A mi gobierno, alertándoles del…

—No estoy autorizado a ello, Fredie. No puedo establecer contacto con planetas habitados. Y menos con la Tierra. Esta incursión ha sido de caza. Capturar a tres peligrosas piezas. Tú puedes contar la historia, aunque te aconsejo que no lo hagas. Te encerrarían en un manicomio.

—¡Tienen que creerme! Está lo de Resnick, lo del sheriff Higgins… Lo del Clover.

—Unos horrendos crímenes, Fredie. Como cientos de ellos que se originan diariamente en este violento planeta. En cuanto a Resnick, Higgins… Ignoro la muerte que han sufrido a manos de los tres evadidos. Pueden haber sido desintegrados o sangrientamente muertos. Poco importa que aparezcan sus cadáveres o se den por desaparecidos.

—¿Más de un cadáver de una misma persona?

—No, Fredie. Eso no ocurrirá. John Bancroft y estos otros hombres que hemos encontrado aquí fueron eliminados. Y una vez muertos, sometidos al multiplicador. Un artefacto que ofrece tres… copias del original. Tres obedientes zombies. Se autodestruyen en un corto plazo de tiempo. No quedará rastro de ellos. Ni de nosotros. Mejor no digas nada, Fredie. Es un buen consejo.

—La emisión de Resnick, los misiles paralizados…

—Un fenómeno inexplicable. Simplemente eso. Intrigará a los científicos, aunque no mucho. El terrícola es orgulloso. Continuará jugando con su potencial bélico y con pequeñas guerras nucleares que terminarán con cataclismo total. De ahí que no establezcamos

contacto con vosotros. Vuestra inteligencia primaria ya está condenada al fracaso. A la autodestrucción. No es conveniente tratar con vosotros. Adiós, Fredie. Regreso a mi plataforma volante.

—Un momento… tu nombre… quiero al menos conocer tu nombre…

—Mi nombre es Klaslaw. Significa «el que nunca duerme». Tengo quinientos cuarenta años terrestres, Fredie.

—¿Tu apariencia física? ¿Es… es como la de ese Moffsthow?

El alienígena volvió a reír.

—El oso, el simio, la serpiente… Animales terrestres. Moffsthow, Wultha y Krohik forman parte de la fauna de Shirka.

—¿Quieres decir…? ¿Son…?

—Fueron desterrados del planeta por su peligrosidad. Son especie a extinguir. Y al no querer exterminarlos, se decidió por enviarles a otra galaxia para que en la soledad de cualquier planeta se autorreprodujeran. Pueden hacerlo, Fredie. Son inteligentes. Más que vosotros, los terrestres. En Shirka nos dedicamos a convivir. Vosotros a combatir. De ahí que la fauna, los animales de Shirka, sean incluso más inteligentes que vosotros. Tenemos ovejas negras, por supuesto. Vosotros, toda la Tierra, es un rebaño de ovejas negras. Adiós, Fredie. Me gustaría estar equivocado. Me gustaría que Goldie y tú fuerais la excepción.

—Espera un poco más… Quiero…

McKern enmudeció.

Estaba solo en el salón.

Goldie sonrió.

—La señora Harrison parece recuperada totalmente. Ha terminado por creer que todo fue una pesadilla, que no vio al monstruo de dos cabezas y que las palomas fueron atacadas por una alimaña nocturna.

McKern abarcó la cintura femenina.

—¿Y tú, Goldie? ¿Te has recuperado?

El rostro de la muchacha se ensombreció desapareciendo la sonrisa de sus gordezuelos labios.

—Trato de conseguirlo, Fredie; pero me resulta difícil.

—Sospecho que cometí un error al contarte todo.

—No, Fredie... Tampoco podrías ocultarlo. Me hubiera vuelto loca ignorando la verdad. Las fantasmales apariciones de Dabney, el extraño objeto que desapareció ante mis ojos... Tenía que saberlo. Aunque horrorice conocer la verdad.

—No fue muy comunicativo nuestro... Colin Parton. Me hubiera gustado hablar más con él. Conocer más cosas de ese otro mundo, pero no parecía tener mucho interés en responderme. No simpatiza con los terrestres. Y creo que nos conoce bien.

—¿Por qué dices eso?

—Colin dijo que si contaba toda la historia terminaría en un manicomio. Que nadie me daría crédito. Que se investigaría lo ocurrido con los misiles y demás, aunque sin inquietud. Orgullosos de su técnica. Y así ha sucedido. Nadie se explica lo ocurrido, pero esperan dar con la solución. Sin preocuparse. Sin comprender ni calibrar la gravedad del hecho. Han aparecido los cadáveres de Dabney, Resnick, Kathleen... ¿Sabes la versión oficial? Una venganza de los Satánicos. Sí, Goldie... Ese grupo de salvajes que pulula por el desierto. Tenían una cuenta pendiente con el sheriff Higgins. Es sencillo hacerles cargar con los últimos crímenes acontecidos en Langesville. Incluido el de The Clover. Y Sylvester Hiller, el líder de los Satánicos, lo ha confirmado. Muy orgulloso. Publicidad macabra para su grupo.

—Cuando sea capturado negará su participación.

McKern se encogió de hombros.

—Poco importa. Jamás se descubrirá a los verdaderos culpables. Seres de otro mundo. Animales monstruosos. Una fauna intergaláctica…

—Dios mío…

Fredie McKern rodeó con sus brazos a la muchacha.

Percibiendo el temblor de su cuerpo.

Besó los cabellos femeninos.

—Todo ha terminado, Goldie. Jamás volverán. Olvídalo.

—¿Lo olvidarás tú, Fredie?

Se miraron a los ojos.

—No, Goldie. No olvidaré las palabras de… Colin. Su sentencia hacia la Tierra. Nuestra autodestrucción, aunque también dejó un camino para la esperanza. Nos señaló a nosotros como posible excepción.

—¿Qué podemos hacer, Fredie?

McKern sonrió.

Ahora besando los trémulos labios de Goldie.

—Nosotros no tenemos que cambiar, pequeña; pero sí luchar por un mundo mejor. Desde nuestros puestos de trabajo. Yo en el Lange Post. Tú en el Centro Salubridad. Denunciando y condenando la contaminación creciente, las guerras políticas que desencadenan matanzas, las ambiciones…

—¿Desde aquí, Fredie? ¿Desde Langesville?

—No importa el lugar, Goldie. Por insignificante que sea. Puede encontrar eco en otros muchos Langesville.

—¡Eh, pareja! —llamó la señora Harrison desde el invernadero—. Necesito vuestra ayuda. ¡No puedo con el cesto de fresas!

McKern y Goldie sonrieron al unísono.

Entrelazados caminaron por el jardín.

En el rostro de Goldie ya no se reflejaba temor alguno.

FIN

- [1] El científico C. W. Tombaugh, descubridor de Plutón, postuló la existencia de un décimo planeta del Sistema Solar que ha sido bautizado con el nombre de Riga.